

CORRESPONDENCIA

TURQUÍA

Los sucesos de Armenia

Las noticias que nos llegan de Constantinopla son deplorables. Las miserias acumuladas por las precedentes matanzas no tienen cuenta, y es considerable el número de viudas y huérfanos que, recogidos y sostenidos por nuestros misioneros y Religiosas, imploran la caridad católica: el porvenir se presenta pavoroso. Aquellas poblaciones, desesperadas viendo la inacción de las potencias europeas, y dando oídos á las excitaciones de las Juntas revolucionarias armenias, se preparan, según nos escriben, á echar mano de todos los medios para sacudir el yugo del Sultán; por otra parte, los turcos fanatizados, y no hay que ocultarlo, alentados por la impunidad, meditan nuevas matanzas que probablemente no se limitarán á la población armenia.

Además de un llamamiento á la caridad, que nos ha dirigido el ilustrísimo Azarian, patriarca de los armenios católicos, recibimos dos cartas que se recomiendan por sí mismas á nuestros lectores.

La primera, fechada en París el 27 de Octubre último, es del Ilmo. Potron, procurador de las Misiones Franciscanas, obispo de Jericó, y dice así:

«Al pedirnos que seamos su intérprete para transmitir la expresión de su gratitud á los generosos bienhechores de las poblaciones armenias, tan cruelmente probadas, el reverendo Padre Superior de estas Misiones nos traiza un cuadro conmovedor de las miserias que ha tenido á la vista durante la visita reciente que les ha hecho para socorrerlas.

Año IV.—N.º 94

«En todas partes, nos escribe, no hay más que desolación y lágrimas. Todo les falta: techo para albergarse, vestidos para cubrirse, y alimentos para subsistirse. Ser odiosos y sospechosos á los turcos, y temiéndolos constantemente ver renovarse las terribles matanzas, tal es la miserable existencia de esos pobres cristianos que han sobrevivido en medio de las ruinas humeantes de sus pueblos incendiados. Unos, huérfanos, han visto asesinar á su padre y su madre, mientras otros quedan con gran número de niños, y sin recursos para alimentarlos.

«Empero la Providencia es infinitamente misericordiosa, y superior á todas las miserias humanas, por grandes que puedan ser, y confiamos firmemente que vendrá en nuestro auxilio.»

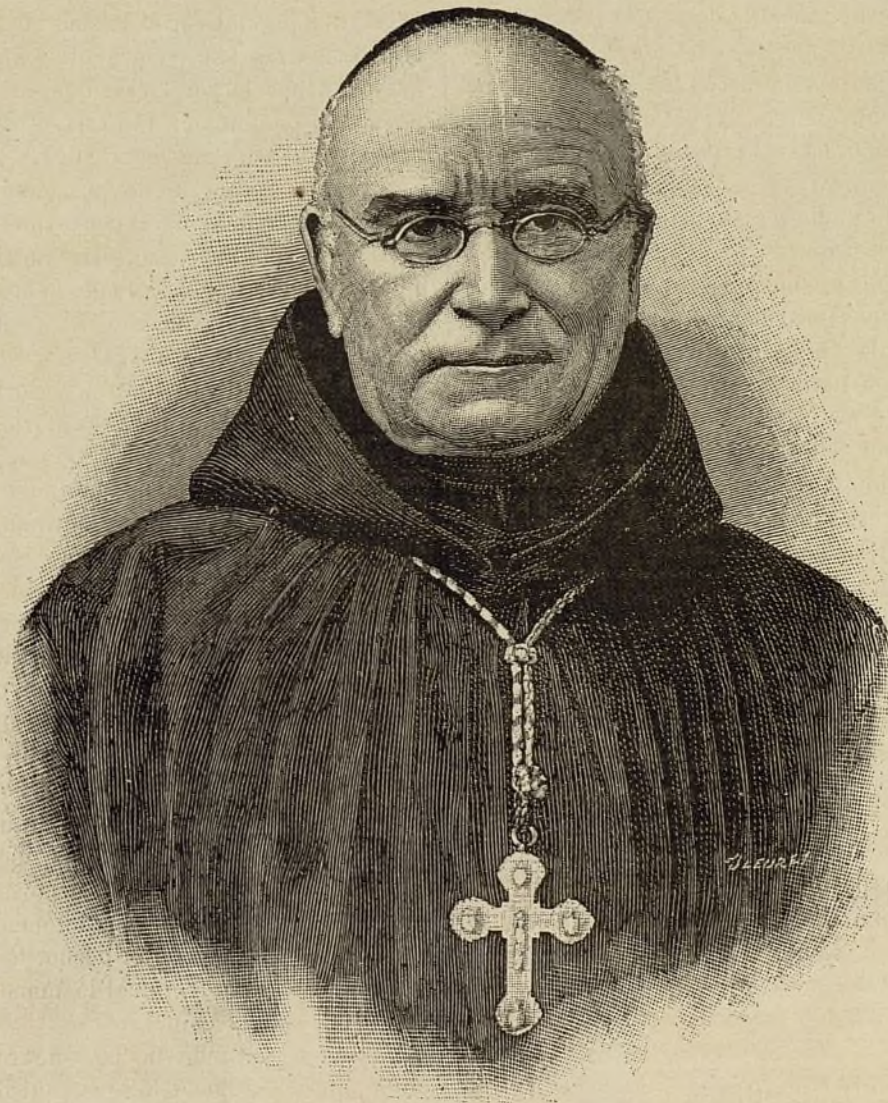
«¿No quedan aún algunas espigas que recoger en el campo tan fértil de la caridad católica? ¡Ah! dadnos una vez más, católicos de Europa, para que nuestros hermanos de Armenia, después de haber escapado al hierro de las persecuciones, no perezcan ahora, víctimas de las privaciones y de la espantosa miseria en que han quedado sumidos.»

La segunda carta es de sor Lequette, visitadora de las Hijas de la Caridad, y está fechada en Constantinopla, Galata, casa de

la Providencia, el 15 de Octubre próximo pasado.

«Podemos asegurarnos, nos dice, que cualquiera que sea el relato que se os haya hecho de nuestras desdichas, no pueden menos de ser muy inferiores á la realidad. Esas escenas de devastación, de asesinato y barbarie son indescriptibles. Los turcos no distinguieron entre sublevados y personas pacíficas, é inmolaron á su furor á todos los armenios indistintamente, pereciendo en el conflicto aun los griegos. En los primeros días el número de los muertos era tan grande que la sangre corría como un riachuelo por ciertas calles.

15 Noviembre 1896



DOM COUTURIER, abad de Solesmes. (Pág. 526)

«El número de víctimas aumentó aún considerablemente por los continuos arrestos que se siguieron, sin que á nadie se diera cuenta del destino de tantos presos. Asegúrase que cada noche se conducía multitud de cadáveres á los cementerios armenios, y también que los buzos habían rehusado continuar su oficio en los muelles, aterrorizados por las muchas personas que, con una piedra al cuello, hallaban en el fondo del mar.

«Por ahora reina una calma aparente que no impide nuevas encarcelaciones: la inquietud es general, y muchos abandonan la ciudad para huir del peligro, y también porque, habiendo quedado completamente arruinado el comercio, van á buscar fortuna en otra parte.

«Durante esos días de angustia hemos recogido y salvado á unas sesenta personas, y dado alimentos y socorros á cuantos nos ha sido posible. Cada día se presentan familias enteras á las cuales sería preciso dar alimento, vestido y objetos de primera necesidad. Pues no solamente las gentes perecieron en las calles entre bárbaras torturas, sino que se llegó á derribar las puertas de las casas armenias, exterminar á los hombres que se hallaban en ellas, y robar y destruir cuanto contenían. Los judíos han jugado un papel indigno: denunciaban á los infelices armenios, aun á los mismos que les habían dado dinero para ocultarles, y recibían por su traición parte del botín.

«Las familias que eran pobres antes de estos espantosos sucesos, lo son mucho más ahora, puesto que no hay trabajo: su número se ha aumentado con las viudas y huérfanos de las últimas matanzas, privados de todo por el saqueo. Añádanse á tantas desdichas los niños abandonados, que todo lo esperan de nosotros, y la imposibilidad de recoger aquí las limosnas ordinarias á causa del malestar general producido por la paralización del comercio.

«En vista de tanta penuria confío nos enviaréis socorros lo más pronto posible. Os lo agradeceremos en extremo, y pediremos á Dios bendiga mil y mil veces á los asociados de tan hermosa Obra de la Propagación de la Fe...»

GOLFO DE GUINEA

Un prodigio obrado por la intercesión del P. Claret

El R. P. Natalio Barrena, C. M., F, escribe desde Annobón el 20 de Abril de 1896:

EL Purísimo Corazón de nuestra amantísima Madre ha manifestado una vez más su eficaz patrocinio y bondadosa compasión para con sus hijos cuando, hallándose en apremiante necesidad, acuden confiados á su maternal amparo.

Al mismo tiempo ha querido glorificar á nuestro amado Padre fundador Excmo. Sr. Claret, manifestando su gran poder y valimiento por medio de una reliquia de su esclarecido hijo y celoso misionero.

Fué el caso que hace más de tres meses, desde principios de Abril de este año, venía padeciendo fuertes y

continuas fiebres nuestro Hermano coadjutor Francisco Garro, sin dejarle apenas sino contados días de intermedio. Entre ellas ha tenido cuatro perniciosas, tan temidas en estos países, dejándole la última tan malparado, que todos los individuos de esta alejada Comunidad ya lo dábamos por perdido. Le sobrevino un fuerte dolor de pecho y grande dificultad en la respiración, acompañada de un estertor de mal género y de otras señales claras de gravedad.

Conociendo el mismo enfermo el mal estado en que se encontraba, pidió con instancia que le administrásemos cuanto antes los Santos Sacramentos, á fin de fortalecerse para el terrible trance. Después de recibido el Santísimo Viático, él mismo me instaba á que le administrásemos sin demora el sacramento de la Extremunción, por la poca vida que en sí sentía. Asistía la pequeña Comunidad á tan tristes ceremonias, dando ya por perdido á un Hermano suyo.

Aguardábamos que de un momento á otro entraría en agonía, cuando de repente nos ocurrió ponerle al cuello una reliquia de nuestro amado Padre Fundador, aplicándosela al pecho, donde sentía dolores como punzadas, acudiendo al mismo tiempo al Inmaculado Corazón de María, nuestra Madre y Patrona, á fin de que nos socorriese en este apuro, y glorificase al P. Claret, sanando, si convenía para la gloria de Dios, á nuestro Hermano por medio de su reliquia.

Todos nos excitábamos mutuamente á la fe y confianza en nuestro Padre, recordando algunos actos de compasión y de valimiento que se manifiestan en su preciosa vida, que con admiración estamos leyendo, y especialmente animábamos al enfermo, el cual no poniéndolo en duda, sino con sencillez y para manifestar su mal estado, dijo esta expresión, que todavía recuerdo: «Si salgo de ésta, será un gran milagro;» y todos prometimos, si se obraba tan gran maravilla, darla á conocer por medio de *El Iris de Paz*.

No fueron vanas nuestras esperanzas, pues que á las pocas horas ya conocimos todos, incluso el mismo enfermo, grande mejoría en la fatigosa respiración, hasta que por fin desapareció completamente el estertor, sintiendo notable alivio en el pecho. Con todo, le velamos toda aquella noche, la cual lo mismo que el siguiente día pasó á satisfacción.

Mas en la segunda noche, que también le velamos, parece que Dios nuestro Señor quiso probar la confianza que teníamos en el Corazón de su Madre y en su amado siervo el P. Claret; pues le sobrevino de nuevo la dificultad de respirar, con fuerte dolor de costado y el estertor propio de los que tienen pocas horas de vida; lo cual, con la debilidad que le ocasionaron los tres meses de fiebre y las cuatro perniciosas, dejaban al enfermo en deplorable estado.

Aplicamos la reliquia á donde sentía el dolor, y al poco tiempo desapareció por completo; sin embargo, en breves instantes pasó al vientre, empeorando notablemente el enfermo.

Viendo esto el que velaba entonces, acudió de nuevo con más instancia y fervor y casi con lágrimas en los ojos, al Corazón de María y al P. Claret, aplicándole al mismo tiempo al lugar dolorido la sobredicha reliquia, y á los pocos momentos desaparecieron los dolores y la

dificultad de respirar, siendo su restablecimiento tan rápido, que á los pocos días ya seguía en casi todo á la Comunidad, y su apetito tal que admiraba al mismo enfermo, por ser aquí raro aun entre los sanos.

Por lo cual no podemos menos de confesar públicamente, como hijos agradecidos, este precioso fruto de la devoción al Purísimo Corazón de María y al P. Claret, según fundadamente creemos.

¡Gloria y parabién al Inmaculado Corazón de María, nuestra Madre, y al P. Claret, nuestro Fundador, que se han compadecido de sus hijos, residentes en esta apartada isla, tan separados de sus Hermanos de Religión!

COLOMBIA (América del Sur)

Misión de los Padres Capuchinos en el Chocó (continuación)

DESPUÉS de descansar algunos días de las fatigas y penalidades del camino, tuvimos que pensar seriamente en la misión que Dios y nuestros superiores nos confiarán. No puedo ocultar el desmayo y tristeza que se apoderó de mi corazón, al contemplar el inmenso campo tan lleno de abrojos y malezas, que el Señor nos encomendaba para que se lo cultivásemos. Para mayor inteligencia se debe advertir que estaba todo el Chocó sumamente abandonado en lo tocante á Religión, de suerte que en todo aquel inmenso territorio no había más que un solo cura, que residía en Nóvita: había habido otro en Quibdó, pero hacía mucho tiempo que había muerto; y así todo aquello presentaba desconsolador aspecto. Pero Dios, en quien habíamos puesto toda nuestra confianza, nos dió aliento para no desmayar en la dura tarea que íbamos á emprender.

Determinamos ante todo dar Misión en el mismo Quibdó, porque como capital debía dar ejemplo á los demás pueblos, y también porque habiéndola elegido por residencia de los misioneros, debíamos comenzar por lo que nos tocaba más de cerca. La Misión dió muy buen resultado; los fieles se aprovecharon de la gracia de Dios, recibiendo los Sacramentos de confesión, comunión, confirmación y matrimonio un gran número de personas; y se notaba en el semblante y porte de aquella gente, según confesión de los mismos habitantes, una satisfacción y alegría hasta entonces para ellos desconocidas. Aprovechando tan buena oportunidad determinamos quitar un abuso, que si en todas partes es origen de muchas infracciones de la ley de Dios, en el lugar á que me refiero lo era mucho más, la feria del día del domingo. Al efecto convoqué á todos los comerciantes, y unánimemente se comprometieron á no abrir sus tiendas el domingo, sujetándose espontáneamente, en caso de faltar á la promesa, á la multa de veinte pesos, con lo que quedé muy satisfecho de la buena voluntad de aquellos señores.

Después de dicha Misión salieron dos Padres con un Hermano lego para la Misión de Cértigue, quedando yo solo con otro Hermano lego en Quibdó, para arreglar algunos asuntos. Cértigue es un pueblecito de veinte á treinta casitas, situado en la confluencia del

río Cértigue y del río Quito, á dos días de Quibdó. Contáronse en ese pueblo 78 bautismos, 448 confirmaciones, 375 comuniones y 19 matrimonios. De Cértigue pasaron los misioneros á Lloró, después de subir cuatro horas por el Cértigue, andar otras cuatro por la montaña, parte á pie y parte en hombros de los que los conducían, y dos horas en embarcación por el río Andágueda. Lloró es también un pueblo muy reducido, en la confluencia del Andágueda y del Atrato. El fruto de esa Misión fué abundante, pues se hicieron 96 bautismos, 400 comuniones, 516 confirmaciones y 77 matrimonios, siendo 39 de indios, con un número bastante crecido de confesiones. Esta Misión fué notable por el número de indios que asistieron y por la distancia de donde vinieron. Quedamos los misioneros (ya me había reunido con los otros Padres) muy satisfechos de la docilidad de aquellos indios. Todos los días asistieron mañana y tarde á la doctrina cristiana con tanta aplicación y deseos de aprender, que aun en su casa estaban repitiendo continuamente las preguntas que habían oído en la iglesia.

Una tarde en que se habían aplicado más de lo ordinario se retiraron á la posada, pues estaban todos reunidos en un mismo local, tan fervorosos que buena parte de la noche estuvieron repitiendo la doctrina cristiana, preguntando y corrigiendo los más entendidos en la materia. En eso sucedió un fracaso; se equivocaron en las preguntas, y contestando una respuesta por otra y tratando de corregir los más despavilados, se enmarañó tanto la cuestión, que para salir del laberinto en que se habían metido no hubo otro recurso que apelar á la autoridad legítima en materia de fe, que para ellos era el Hermano lego que aquella tarde les había explicado la doctrina. Así, pues, de noche y todo como era, vinieron á la posada, llamaron á la puerta, pues ya estábamos acostados, y sin más preámbulos se dirigieron al Hermano con la sencilla fórmula:

—*Compadre, compadre, veni á ver si tú puedes.*

Nos cayó muy en gracia la ocurrencia de aquellos indios, su sencillez y confianza. ¡Pobrecitos! ¡Cómo Dios Nuestro Señor no se ha de compadecer de su candor é inocencia, á la par que de su empeño y esfuerzos de memoria para aprender lo más esencial de nuestra santa Religión! Una vez instruídos suficientemente, les exigimos dos cosas para administrarles los Sacramentos: camisa y calzón ó calzoncillos, que entre ellos da lo mismo, pues no alcanzan el por qué ha de haber diferencia entre estas dos prendas, si exceptuamos por lo común el color; por manera que reduciendo las condiciones necesarias para recibir los Sacramentos en estas tierras son las siguientes: *Doctrina, camisa y calzón.* Como todos los indios á que me refiero andaban desnudos, algunos se proporcionaron ellos mismos camisa y calzón, á otros se los proporcionaron sus padrinos, y á otros más pobres finalmente se los dimos los misioneros. Al efecto había yo traído de Quibdó algunas camisas y una pieza de liencillo para vestir á los más necesitados. Quedaron tan contentos aquellos indios, que al regresar para sus chozas se asomaban á la ventana de la casa preguntando cuando volveríamos, con estas sencillas palabras: *¿Compadre, cuándo regresas? Mucho gustando de esos curas.*

Terminada la Misión de Lloró, el P. Benito con un Hermano pasó á Tadó, á hacer los Oficios de Semana Santa, y yo con el P. Buenaventura de Papiales regresé á Quibdó con el mismo objeto. Permanecimos en Quibdó los dos Padres hasta quince días después de Pascua, en cuyo tiempo arreglamos lo mejor que pudimos los asuntos espirituales de aquel pueblo, celebramos los Oficios de Semana Santa, la solemnidad de Pascua y la fiesta de nuestra Patrona la Divina Pastora, todo con mucho orden y decencia, no con aquel esplendor de las ciudades populosas y ricas en que los fieles tienen todos los medios para solemnizar las fiestas del Señor; pero sí con el mismo espíritu y santa alegría que se experimenta en las fiestas religiosas.

La gente se aprovechó bien de estas fiestas, pues en estas tres semanas, que podríamos llamarlas las tres Semanas Santas, hubieron 200 bautismos, 1,264 confirmaciones, 44 matrimonios y un número bastante crecido de confesiones y comuniones, y se debe tener en cuenta que hacía pocos días había terminado la Misión, en la cual como se deja comprender se bautizaron, confirmaron y recibieron los demás Sacramentos todos los que pudimos disponer, que excedían á las cifras que anteceden. Aquí fué donde empezamos á sentir la interior satisfacción que se experimenta cuando uno ve el fruto de su trabajo, y que ha cooperado con sus fuerzas algo á la obra más grande que puede haber en la tierra, la salvación de las almas.

Después de lo referido pasamos á Carmelo, en donde estaba ya el P. Benito. En ese pueblo hubo algunos contratiempos, debido á la mucha oposición que se hizo á los misioneros. Parece que el demonio se valía de todos los ardides para impedir la santa Misión: nada tiene de extraño, pues debía pesarle al enemigo dejar sus antiguas posesiones para dar lugar al Divino Salvador, que venía á recuperar las almas que había redimido con su propia Sangre. Pero todo fué en vano; se hizo la Misión, y el diablo tuvo que declararse en vergonzosa derrota. No puedo poner aquí el número de bautismos, confirmaciones y matrimonios, como tampoco lo puse cuando referí la Misión de Quibdó, por haberseme extraviado los apuntes en donde constaba, y no serme fácil consultar los libros parroquiales, por hallarme ausente de la Casa-Residencia. Lo mismo tendré que hacer al tratar de otras Misiones; únicamente conservo el total de cada año: para que los lectores puedan formarse idea del trabajo de los misioneros, pondré al final el número total de bautismos, confirmaciones, matrimonios y comuniones. Me llamó la atención en este pueblo una ceremonia ó acto de benevolencia con los recién casados que me cayó en gracia. Reunieron una como banda de música, compuesta de uno ó dos bombos, alguna flauta y no sé qué otra cosa, y comparecía esa banda todos los días que había matrimonios á la puerta de la iglesia. Terminada la Misa, al salir los recién casados la banda de música referida acompañaba la primera pareja á su casa; luego volvía por la segunda; llegada ésta regresaba por la tercera, hasta acompañarlos á todos á sus referidas casas; lo cual duraba algunos días un buen rato, debido al número de matrimonios. Sucedió también un día que contrajo matrimonio un anciano que pasaba de sesenta años, y estaba el

pobre viejo tan orondo con su nuevo estado que al ir presidido por la banda, viendo que los músicos cogían por un callejón que abreviaba el camino, el buen hombre se opuso resuelto, queriendo que diera la vuelta, para tener la satisfacción de disfrutar un rato más de aquella demostración que se hacía á los novios.

Del Carmelo pasamos á Bagadó, del que dista como unas cuatro leguas, atravesando el istmo, como dicen aquí, que no es otra cosa que la distancia que separa el San Juan del Atrato, y por el que habría que abrir un canal en caso de querer unir esos dos ríos, según dije antes. Pasamos este trecho con mucha incomodidad por motivo de tener que atravesar una espesa selva, y por caminos muy fragosos llenos de charcos y barrancos. El día siguiente de la llegada se dió principio á la santa Misión, de la que se aprovecharon admirablemente aquellas buenas gentes, pues se celebraron ochenta matrimonios; el número de bautismos, confirmaciones, etcétera, no lo tengo presente; pero sí recuerdo que fueron muchos, con la particularidad que el fruto de esa Misión no fué pasajero como suele suceder algunas veces cuando no hay en los pueblos quien lleve adelante la obra de la Misión, sino muy duradero, pues al año yo solo regresé á ese pueblo, y en pocos días que permanecía en él hubo 68 matrimonios. Se extrañará tal vez alguno que dé tanta importancia al número de matrimonios, y que por ellos gradúe el fruto de una Misión; pero sin motivo, dejando aparte, por no ser del caso, las razones generales que persuaden la necesidad del matrimonio, exceptuando cuando uno se abstiene por motivos sobrenaturales; dejando aparte, digo, esas razones, militan en los lugares donde nos encontramos otras razones tan poderosas, que no es exageración afirmar que en la Misión donde no se ha hecho ningún matrimonio no se ha hecho nada.

Volviendo á la Misión de Bagadó, decía que los habitantes de ese pueblo se aprovecharon bien. A los pocos días de haber dado principio á aquella Misión, tuve que ausentarme para regresar á Quibdó, siguiendo los otros dos Padres la obra comenzada. Desde esa época casi siempre ha permanecido en Quibdó un Padre con un Hermano lego. Terminada la Misión de Bagadó, nos reunimos todos en la Residencia por unos días, pasados los cuales determinamos dar Misión en Samurindó, pueblecito situado en las orillas del Atrato á seis horas de Quibdó: la posición de dicho pueblecito es muy pintoresca, por estar en una pequeña altura y tener delante de sí un sin número de islas formadas por el Atrato. El fruto de esa Misión fué mayor de lo que se podía esperar de un grupo de seis á ocho casas contando la iglesia, pues se hicieron 36 bautismos, 220 confirmaciones, 35 matrimonios y un número muy considerable de confesiones y comuniones. Parece lo dicho imposible, pero no lo parecerá si se tiene en cuenta que las más de las gentes viven diseminadas por aquellos barrancos como semisalvajes. Cuando queremos dar Misión procuramos escoger el lugar más céntrico, siendo muchas veces un caserío de un corto número de casas, y allí se reúnen todos los del contorno, que algunas veces vienen de partes muy retiradas. Para convocar esas gentes, como no tenemos campanas, sale un negro con un cuerno de buey, el que hacen sonar muy bien



SAHARA.— Entrevista con los tuaregs. (Pág. 522)

los negros, y retumbando por aquellos riscos y precipicios el agudo y destemplado sonido del cuerno, llama á los fieles á la Misión.

Después de Samurindó se hizo la Misión de Neguá, pueblo algo importante por el número de casas, pues es el mayor en población después de Quibdó. Aquí el enemigo de las almas trató también de impedir ó disminuir el fruto de la Misión, valiéndose de algunos comerciantes que, alegando fútiles razones de interés particular, intentaron seducir á algunos para que no salieran de su mal estado en que vivían años había, escandalizando al público, pero la razón y la justicia, ó más bien la gracia de Dios, prevaleció sobre todas las razones de interés y conveniencias humanas. Se hizo la Misión y con tan buen resultado que se celebraron más de 60 matrimonios, y se portaron tan bien aquellas gentes, que quedamos sumamente agradecidos; sin que nosotros ni siquiera les insinuásemos, trasladaron de su propia iniciativa la feria del domingo al sábado. En ese pueblo se está construyendo una bonita iglesia, lo cual contribuirá á que sus habitantes estén mejor servidos en lo espiritual y temporal. De Neguá pasamos á Guayabal: esa gente fué muy dócil, se arreglaron todos, no quedó ni uno siquiera viviendo en mal estado. Luego tratamos de misionar en Beté. Este pueblo es muy notable por un Santuario antiguo de la Virgen: está actualmente en malas condiciones; se demuestra por algunas pinturas que antiguamente era algo importante, aun ahora concurre mucha gente á cumplir sus promesas, y frecuentemente se ve visitado por los devotos de la Reina de los cielos. Creo que en todo Chocó no hay

otro santuario al que se le tenga más devoción. A los pocos días de haber comenzado la Misión enfermamos y tuvimos que suspenderla, regresando á nuestra casa: así, pues, aplazamos la Misión para otra oportunidad.

(Se concluirá).

AMÉRICA MERIDIONAL

APUNTES SOBRE EL CHACO Y LOS INDIOS QUE LO HABITAN

XIV

Los indios maticos, igualmente que las demás tribus del Chaco, no conocen la escritura ni otros signos para transmitir sus pensamientos y sus hechos á la posteridad. Para comunicarse á alguna distancia se sirven del fuego y quemazones; y hasta donde pueden oírse se hablan también con el silbido. He observado también que en algunas pequeñas sendas por donde transita alguno de ellos, se hallan á veces de trecho en trecho unos nudos echos en un puñado de pasto ya preparado y arrancado, y colocado en alguna horqueta de árbol, y según la dirección ó el lado del camino dan á entender á otros que llegan á pasar por allí, la dirección que han tomado los que han pasado primero, y si volverán ó no por esa senda.

Para transmitir á mucha distancia los avisos y noticias, suplen la falta de escritura por medio de mensajes verbales ó correos á pie ó á caballo, que se remudan en cada toldería sin demora, especialmente cuando son noticias importantes y de urgencia, caminando de

día y de noche. En estos casos las tolderías vienen á ser como postas y los mensajeros correos.

Aunque los indios de la Misiones entienden el idioma castellano, y lo hablan para hacerse entender siquiera; sin embargo desde los primeros años me propuse aprender su propio idioma; pero me encontré con serias dificultades por no hallar un lenguaraz que supiese contestar á las preguntas que yo le hacía. Ellos hablan su idioma maquinalmente, puede decirse, y mucho más la lengua castellana; y mientras se les pregunta el nombre de tal ó cual objeto y algunas otras palabras de las más usadas, algo se puede conseguir, pero pasando á otras partes de la oración no saben distinguir las, y confunden el nombre con el verbo, el gerundio con el infinitivo, etc., de manera que es preciso darle muchas vueltas á una pregunta para sacar en limpio el valor de una palabra, valor que ellos de ordinario no conocen ni en castellano ni en su propio idioma; y esta dificultad se aumenta por la diferente índole y modismo de las lenguas, pues no encontrando en su idioma una palabra equivalente á la castellana, y no conociendo el valor que ella tiene, muchas veces la traducen con otra que tiene un sentido muy diferente.

A pesar de estas dificultades, y de las ocupaciones que no me daban lugar para contraerme á este estudio, procuré escribir cuanto me fué posible, aunque con muchos errores, que conforme iba entendiendo algo, los advertía y rectificaba; pero desgraciadamente estos escritos se perdieron, cuando perecieron las Misiones, hallándome yo en este Colegio; y ahora después de tantos años bien poco puedo recordar, porque ni tuve tiempo para estudiar lo que había escrito. Sin embargo, creo poder suministrar á los que se han dedicado al estudio de los idiomas los datos suficientes, aunque no siempre definidos, para conocer la estructura, la sintaxis, la desinencia y otras propiedades características de esta lengua.

El modo con que la hablan los matacos es muy incorrecto en la generalidad; sin embargo, hay algunos que la hablan con más propiedad y precisión. El tono familiar y común es muy flemático, insulso, desagradable; pero cuando se acaloran y exaltan, cuando se hallan impresionados y conmovidos, se advierte que esta lengua es muy expresiva; y aunque muy áspera y dura en boca de algunos, es también fluída y armoniosa en la de otros. Durante un discurso algo largo repiten algunas expresiones; pero no puedo asegurar si es para fijar más la atención de los que escuchan, sobre algún punto más importante, ó porque no les ocurre pronto la idea ó la palabra para continuar. Otras veces las repiten al final de algunos períodos á manera de estribillo, pero no creo que hablen en poesía, pues no he podido conocer ninguna clase de versos.

Si se compara el estado salvaje y el embrutecimiento de estos indios con el idioma que hablan, tan natural aunque algo tosco, tan racional y casi diría filosófico, se comprende desde luego que no pueden ser ellos los que lo han inventado y formado, á no ser que sus antepasados hayan tenido mayor caudal de conocimientos y de civilización. Tal vez sean descendientes ó hayan recibido el idioma de alguna otra tribu más civilizada, y ellos no hayan hecho otra cosa que modificarlo, acómo-

dándolo á su estado y modo de ser, á sus conocimientos, etc. En efecto; á más de haber hallado analogías y relaciones entre este idioma y el de los antiguos *tonocotes* que residían en la frontera E. de Salta, y también con el de los *avipones*, que viven en la frontera N. de Santa Fe, las he hallado igualmente con el *quichua* y el *araucano*. Por ejemplo: *hembra*, en lengua quichua se dice *china*, y en matabo *cisna*; *tú*, en quichua se dice *ceam*, y en matabo *am*; *tantá*, en quichua significa *pan*, *tantán* en matabo se llama el *trigo*; en araucano la palabra *ilón* significa comer carne; *ilón* en matabo es matar, carnear; *mano* en araucano se dice *cuu*, en matabo *cuei*; *frio* en araucano se dice *uthe*, en matabo *juyete*.

Estas semejanzas, por decir así exteriores y gramaticales, y otras afinidades más intrínsecas, respecto al mecanismo de la sintaxis, con las lenguas antiguas, me inducen á creer que el idioma matabo tiene un origen común á otros idiomas de este continente, y que debe ser muy antiguo. Pero yo no puedo entrar en un terreno para mí desconocido sin peligro de perderme y sin decir disparates: por esto no sigo adelante, dejando á los sabios y á los filólogos los orígenes de filiación y parentesco de los idiomas; y continuaré á decir algo del que conozco, aunque muy poco.

XV

El idioma de los matacos es muy gutural y nasal. A su alfabeto faltan cuatro letras del nuestro y son *ch*, *d*, *g*, *r*; y tiene una letra sin equivalente en el nuestro, que yo suplo con la *Ch* y se pronuncia arrimando la lengua al paladar. A más de la *j* gutural tiene la *j* nasal, que yo acostumbro distinguir poniendo una línea ó tilde en lugar del punto.

Estos indios pronuncian las vocales de diferentes modos, es decir, abiertas y cerradas, lo que no pocas veces hace cambiar la significación de la palabra, como *yel* abierto, que significa *cansado*, y *yel* cerrado, que significa *muerto*. De consiguiente, es preciso tener un oído muy fino ó conocer bien el idioma para no confundir la *a* con la *o* y la *u* y viceversa, igualmente que la *e* con todas las vocales: casi parece que entre una y otra vocal hay una letra intermedia que participa del valor de ambas: supongo que serán diptongos.

Este idioma es escaso de palabras, como los indios son pobres de ideas; pero es susceptible de ser desarrollado y enriquecido, como lo han hecho y hacen los mismos indios para expresar alguna idea nueva, ó designar algún objeto que antes no conocían. Por ejemplo, ellos no conocían el caballo, la vaca, la oveja, etc., pero conocían otros animales que tienen alguna semejanza con aquéllos, como el anta con el caballo, el ciervo con la vaca, la corzuela con la oveja; y al caballo le han puesto el nombre de anta-grande, *yelá-taj*; á la vaca ciervo-grande, *yoase-taj*; á la oveja corzuela-grande, *tzunna-taj*; al aguardiente *mot-taj*, ó bebida grande (ó fuerte). Otras veces han acomodado el nombre castellano á la índole de su lengua; y así al asno lo llaman *asnú*, á la cabra *caila*, al toro *toló*, al gato *mitzi*, á la mula *chioteitás* (orejas grandes).

Los nombres de este idioma no tienen declinación,

ni los verbos conjugación, sino solamente los números singular y plural. Suplen los casos y las personas con partículas y afijos que los determinan: lo mismo se diga respecto á los modos y tiempos del verbo, que los determina una partícula que le anteponen, interponen ó posponen.

El plural se forma añadiendo al singular una, dos ó tres letras, como: *hino*, hombre; *hinol*, hombres: *cisná*, hembra, mujer; *cisnái*, hembras, mujeres: *asnac*, macho; *asnacá*, machos: *ihuen*, tengo; *ihuenén*, tienen. Algunas veces cambian una ó dos letras al formar el plural, como: *lemec*, concha; *lemá*, conchas: *juitzáj*, malo; *juitzes*, malos. Cuando el singular acaba en *j* se cambia en *s* para formar el plural, como: *sinoj*, perro; *sinos*, perros: *yelataj*, caballo; *yelatás*, caballos: *alcatás*, naranjos. Sólo dos excepciones he hallado, y son *nisoj* y *plitzaj*, zapato y pobre, que en plural hacen *nisois*, *plitzés*.

En la desinencia de los nombres no hacen diferencia de géneros gramaticales, y parece que no los tienen. Tampoco tienen el comparativo, pues para decir: «Pedro es más bueno que Juan,» dicen: *Pedlo its*, *Juan iisité* (Pedro bueno, Juan no bueno). El superlativo lo distinguen de algún modo en la pronunciación del positivo sosteniendo la voz sobre la penúltima sílaba, como *iis*, bueno, *iiiiis* muy bueno; *tujuei*, lejos, *tujueeei*, muy lejos.

En los adjetivos y verbos forman la negativa con la partícula *ité* que ponen al fin de la palabra, como: *tun*, duro; *tun-ité*, no duro, blando: *mat*, cierto; *matité*, no cierto, falso, mentira: *nihuen*, tengo; *nihuen-ité*, no tengo. Tienen además la palabra *huó*, que expresa una acción indeterminada, como; hacedor, trabajador, labrador; y con ésta componen muchas otras: por ejemplo; ellos llaman *huette* la casa, y *huetteruó* al albañil; *joló*, palo ó madera, *jolohuó*, al carpintero; y con esta palabra *huó* componen todos los nombres de artes y oficios posponiéndola al nombre de la materia ú objeto de la acción. Por último tienen la palabra *ji*, ó *iji*, que significa estar ó estar contenida una cosa en otra, como: *yoasetás*, vacas; *yoasetás-ji*, corral: *ayoj*, tigre; *ayoji*, pozo del tigre: *huclá*, vela; *hucla-ji*, candelero: *hojotoj*, Grande Espíritu, Dios; *hojotoji*, iglesia ó lugar donde está Dios.

La sintaxis de esta lengua es muy natural, y algo diferente de la nuestra. Por decir: cabeza de tigre, estos indios dicen; *ayoj-le-letec*; tigre, su cabeza: casa de mi padre, *nu-schia-lu-huette*; mi padre, su casa: mujer de mi hermano, *nu-chila-lu-chejua*, mi hermano, su mujer; freno ó riendas de mi caballo, *nu-lo-lucaí*. De aquí se deduce que estos indios ponen el todo y el poseedor en caso recto, y la parte ó cosa poseída en el oblicuo. Usan también del gerundio en vez del infinitivo; pero no he podido conocer las reglas que en esto siguen. Tampoco he podido hallar palabras que expresen ideas generales y abstractas. No sé si será que no las tienen, ó que yo no las he podido distinguir.

Estos indios no conocen la numeración; y aunque cuentan hasta cuatro, lo hacen con palabras compuestas cuya etimología no he podido adivinar. He aquí cómo cuentan: uno, *jotejuji*; dos, *jotejuasi*; tres, *lajti-*

júdye-el; cuatro, *jualis iji*; y para decir cinco, dicen: *nitoc*, muchos.

Podría añadir otras observaciones, pero creo que lo dicho es suficiente para el objeto que se me ha manifestado.

ISABELA DE BASILAN (Filipinas)

Cuidado que el Padre misionero tiene de las escuelas de Guibanan.—Gánase las simpatías de los moros

El R. P. Pablo Cavallería, de la Compañía de Jesús, escribe desde Isabela de Basilan el 18 de Noviembre de 1894:

MI amadísimo en Cristo reverendo Padre Superior: El 15 del mes pasado fui á San Pedro en la vinta de esta Misión, acompañado del P. Ferrer, que había llegado dos ó tres días antes, con el fin de substituirme en la Isabela; pero como solamente deseaba enterarse del viaje y de la visita de San Pedro, regresó á la Isabela el día siguiente en la misma vinta. Tuvo dicho P. Ferrer ocasión de ver la visita, hablar con Pedro y con algunos moros á quienes atendía con diligencia para acostumbrarse á oír y entender su idioma, que es el moro yacán, el cual es aún más difícil que el moro joloano.

Con decidido empeño me ocupé en esta visita en formalizar y en dar dirección á las escuelas de niños y niñas, que ya hace unos dos años existen en aquella visita; pero como el Padre misionero no puede ir allá con frecuencia, se nota esta falta. Por tanto es necesario y singularmente ahora, trabajar mucho para que las escuelas sean concurridas; y para que los moros noten el gran provecho que hay en ir los niños á ellas, cada día que permanecí en San Pedro visitaba las escuelas, dirigía al maestro y á la maestra, corregía los errores, y aplaudía lo ordenado y bueno. Como no hay edificios exclusivamente destinados á escuelas, determiné que los niños se reuniesen en la capilla. Pusimos carteles de lectura y aritmética en uno y otro lado, llevé una mesa de escribir que estaba en el convento de Isabela, y en ella escriben por tandas. Todos los días oían Misa, y en ella se rezaba el santo Rosario como manda el Reglamento, con el fin de ir encaminando aquellas gentes á nuestras costumbres. A la escuela actualmente van solamente algunos niños y niñas de los compañeros tagalos de Pedro, y algún niño y niña de alguna familia zamboanguena que se ha radicado allí: más podrían ir, y por esta razón procuré hablar con todos los cristianos radicados allí, exhortándoles á que envíen á sus hijos á la escuela, ya para su bien, ya para dar ejemplo á los moros de aquel centro de Basilan. Esta tarea, pues, me tuvo bastante ocupado en esta visita.

Procuré además hablar largamente con el dato Cuevas, sobre la reducción de los moros al Cristianismo, y me prometió su valiosa cooperación. Le recordé la visita que V. R., el reverendo Padre Superior de Zamboanga y yo le hicimos juntos en 15 de Diciembre de 1893, recomendándole muy encarecidamente que las escuelas fuesen concurridas.

Un domingo que me hallaba en San Pedro, celebré la Misa á las ocho, habiéndose dado antes los repiques que acostumbran en estos puntos. Asistió Pedro colo-

cándose en sitio preferente por ser el teniente absoluto de aquella visita; asistieron algunos tagalos y varios zamboanguenos que viven allí, donde tienen sus sementeras; asistieron asimismo los niños y niñas. Hubo catorce comuniones, que no es poco en aquel punto. Casé á dos parejas, una era de un moro bautizado, con una mora que se bautizó antes de casarse, esto es, antes de comenzar la santa Misa: la otra pareja era de un tagalo, con una tagala que hace años vive allí. Por la tarde de este domingo se hizo una procesión en obsequio de la Virgen del Rosario, ya que era el mes de Octubre. Dió la vuelta á la extensa plaza: la imagen era la del Remedio. Hubo tiros para hacer salva. En esta visita saqué la relación de los cristianos que residen en aquella Reducción, los cuales ascienden á 250. Hablando Pedro de este número de cristianos, me dijo que, según su parecer, es conveniente que resida un Padre allí para ser atendidos, y especialmente para que en la hora de la muerte puedan recibir los santos Sacramentos y para que aumente el número de cristianos. Hace pocos días que una familia que reside en Isabela, me dijo que con mucho gusto iría á residir en aquella visita por ser tan feraz; pero que los hijos no quieren ir, sólo por no verse expuestos á morir sin sacerdote que les atiendan en su último trance; y como esta familia piensan otras muchas, según han afirmado repetidas veces.

Otra ocupación que me llevó mucho tiempo, pero que es muy propia de esta Misión, fué atender á algunos cristianos nuevos, tagalos, zamboanguenos y á los moros, que casi constantemente me tenían ocupado con sus visitas, que yo aprovechaba para recordarles á unos los deberes de cristiano, á otros para irles poco á poco disponiendo al santo bautismo, y aprendiendo al mismo tiempo su difícil idioma. En pequeño parecía aquello un pueblo civilizado y cristianizado, porque había Padre misionero; una capilla, donde cada día se celebraba el santo sacrificio de la Misa, y durante ella los niños y niñas de la escuela rezaban el santo Rosario, y casi cada día hubo alguna confesión y comunión: las campanas daban todos los toques que se acostumbran en los pueblos cristianos, y mañana y tarde escuelas abiertas; pero todo este movimiento religioso cesa con la ausencia del misionero, ó muy poquísimo queda: porque no es una de esas visitas de cristianos antiguos, sino que consta de elementos y de plantas tan tiernas, que sin el riego del misionero quedan luego casi sin dar muestras de vida cristiana, y aunque haya algunos cristianos antiguos, éstos son los menos, y no son, como se comprende, de los más fervorosos por razones indicadas ya.

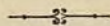
Otra tarea apostólica que ejercí fué la de visitar varios grupos de casas de moros que están sembradas por las cercanías de la visita, y saludarles y hablar con ellos, con el fin siempre del misionero, de hacerles ver por una vía ó por otra, y con oportunidad, su errada senda: con estas visitas he conquistado entre ellos algunas simpatías. No están ellos aún dispuestos para el bautismo. En estos moros se han de remover obstáculos que no está en la mano del misionero quitarlos, y asimismo se han de poner medios que tampoco puedo contar con ellos por ahora; y no digo más acerca de esta materia, porque escribiré aparte una carta para tratarlo mejor: yo soy de parecer que los moros de estas

islas, y en especial los basilanos, se convertirían pronto si se pusiesen los medios que indicaré aparte, y que no puedo yo ponerlos. Haré, no obstante, lo que está de mi parte.

Tenia el proyecto de ir á visitar las rancherías que coronan los montes que se divisan desde la casita Misión de San Pedro; pero me dijeron los prácticos que debía esto hacerse en tiempo de secas ó sea en tiempo de más bonanza, para hallar buenos ó menos mal los caminos; de este mismo parecer fué el dato Cuevas, y así lo dejé para fines de Enero ó principios de Febrero. Durante la visita subí en vinta río arriba hasta llegar á unas piedras donde ya casi, si no es en un barotito y aún con peligro, no se puede pasar: mi fin era visitar unas rancherías moras que están á orillas del río Guibauan; otro día no obstante he de probar de subir con barotito y en marea alta. Con lo indicado, pues, se me pasaron los días volando, y ya el corazón se me iba pegando allí, de suerte que sentía el tener que abandonar aquella nascente cristiandad, que ha de ser el semillero fecundo de toda aquella extensa comarca, si se puede ir cultivando y no faltan los medios.

Aquella extensa comarca, fertilísima y regada abundantemente por ricas aguas, ha de ser con el tiempo el mayor pueblo de Basilan, y digno de figurar entre los pueblos más importantes de este Sur de Filipinas. Hay allí, según se afirma, mucho más terreno de regadío que en Zamboanga, y una vez haya un núcleo considerable de zamboanguenos con sus fincas, una iglesia y sus escuelas, ya la cosa de sí tendrá vida que la conservará el misionero, especialmente si se pone Estación, y ya el moro queda en ínfimo lugar por lo tocante á la dominación del sitio. Desde esta comarca se presentan á la vista del misionero muchas rancherías en que podría ejercitar el celo apostólico. ¡Qué excelentes excursiones podrán hacerse desde aquel sitio tan luego esté asegurada nuestra dominación material y moral! Todo nuestro interés ahora, reverendo Padre, debe consistir en aumentar el número de los habitantes cristianos de aquella colonia. El Cristianismo es la fuente de la civilización y de la riqueza.

LA PROVINCIA DEL SANTÍSIMO ROSARIO DE FILIPINAS



Creemos que nuestros lectores leerán con gusto el siguiente interesante artículo que el R. P. Fr. Cayetano G. Cienfuegos, dominico, ha publicado en *El Santísimo Rosario*, que se publica en Vergara, correspondiente al presente mes:

I.— IDEA GENERAL DEL INSTITUTO

EN las circunstancias angustiosas por que atraviesa hoy España, se hace preciso dar á conocer á las Ordenes religiosas, elemento poderoso de civilización verdadera, y sostén firmísimo de los mermados restos de nuestra antigua grandeza colonial. De este modo cargarán con la responsabilidad de las guerras actuales y de las desdichas futuras que nos amenazan, quienes las han preparado con sus torpezas y con sus proyectos anticristianos; y no, según pretenden los libe-

rales y masones, quienes, sin más recursos que la fe y la caridad y sin otras miras que la gloria de Dios y el bien de las almas, formaron en América y en Filipinas dignos discípulos de la cruz y devotos servidores de la madre patria. Como hijo de Santo Domingo de Guzmán me ocuparé tan sólo de nuestra Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas; y esto bastará para que pueda calcularse la acción bienhechora de los otros Institutos religiosos allí donde sentaron su bendita planta.

Es la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas una de las más gloriosas de toda la Orden; y su esfera de acción es tan amplia cuanto la de cualquier otra. Extendida por Europa, Asia y Oceanía, llena en toda su amplitud el anchuroso y variado programa del Instituto dominicano. Dos grandes objetos se propuso el inmortal Patriarca de Caleruega al fundar su Orden; la enseñanza y el ministerio espiritual de las almas; uno y otro en todas las múltiples formas necesarias para que resultase perfecto y acabado su plan de bata-

chipléago, en que se cursan todas las asignaturas del bachillerato; y ellos son los que, no satisfechos con espaciarse por los aristocráticos salones de las ciencias propias de la enseñanza superior y secundaria, no se desdennan de descender á las modestas estancias de la enseñanza primaria, que dan en sus colegios en armonía con las exigencias de nuestros tiempos.

Esto en cuanto á la enseñanza oral; que por lo que hace á la enseñanza escrita, su actividad científica no se da momento de reposo. No hay ramo del saber humano necesario ó útil para los amplios ideales de esta Corporación insigne, que sus alumnos no hayan ilustrado y sigan ilustrando con sus doctas plumas. En su colegio de Santo Tomás tienen montada una magnífica imprenta, en la cual se vacían sin cesar las profundas y variadas concepciones científicas y literarias de los cultos ingenios dominicanos del Extremo Oriente, que muchas veces admiran y celebran á porfía los centros literarios de Europa.



SAHARA.— Campamento en el desierto. (Pág. 522)

lla contra el error y el vicio. Pues bien: la Provincia del Santísimo Rosario se ha propuesto realizar, y realiza gloriosamente, ese grandioso plan, no como quiera, sino en grande escala.

En cuanto á la enseñanza no cabe mayor amplitud. Desde la enseñanza primaria hasta la superior y universitaria, todo lo abarca la potente y vigorosa vida intelectual de los tan ilustrados como emprendedores Dominicos filipinos. Sabido es que entre todas las colonias de Oriente descuellan las españolas por su ilustración y cultura; y á la cabeza de ese movimiento intelectual marchan los hijos de la Provincia del Santísimo Rosario. Ellos son los que han fundado y sostienen la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Manila, que puede competir con las mejores de Europa; ellos son los primeros que han fundado los varios y florecientes colegios de segunda enseñanza del Ar-

Y no contentos aquellos bienhechores de la humanidad con educar y formar científica y moralmente al hombre, extienden su celo y actividad sin límites á la educación y cultura propias de la mujer, siguiendo en ello el ejemplo de su Santo Patriarca, que inició su colosal empresa de fundador por la erección del colegio dominicano de Prouille para señoritas, restaurado en nuestros días. A este fin, fundaron los Dominicos filipinos desde antiguo el acreditado colegio de señoritas de Santa Catalina de Manila, en donde se da á las niñas una instrucción tan completa como exigen los tiempos en que vivimos; y después fundaron otros.

Respecto al ministerio espiritual de las almas, objetivo segundo de nuestro Padre Santo Domingo, la Provincia del Santísimo Rosario lo abraza en toda su variada extensión. Desde la base humilde del ministerio catequístico hasta la cumbre del ministerio pontifical,

todo entra de lleno en el admirable organismo de esta robusta Corporación: Vicarios apostólicos, misioneros de infieles, párrocos, coadjutores, colegios de catequistas de varios grados, Asociaciones de mujeres terciarias, destinadas á bautizar niños moribundos, hijos de infieles, á catequizar las mujeres infieles, con quienes los Padres misioneros difícilmente pueden tratar, por no consentirlo las costumbres orientales, y á otras muchas obras de piedad. En fin, para toda necesidad se encuentra dispuesto el remedio en la sapientísima organización que los Dominicos filipinos han sabido dar á sus Misiones; merced á lo cual las elevaron á tal altura, que el señor Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide no vaciló en asegurar, no ha muchos años, que las Misiones de los Dominicos filipinos eran las primeras del mundo; como se demostró patentemente en los tiempos antiguos y recientes de persecución contra los cristianos, pues en ninguna de las otras Misiones se portaron éstos con tanto valor y heroísmo como en las de los Dominicos, como es notorio.

II.— ORGANIZACIÓN Y MINISTERIOS DE LA PROVINCIA

Lo dilatado del horizonte ministerial de la Provincia del Santísimo Rosario exige una organización un tanto complicada, pero tan ordenada como es posible. Siendo una sola la Provincia, sólo hay un Provincial; pero bajo su dirección funcionan quince Vicarios provinciales, que están al frente de otras tantas vicarías en que está dividida la Provincia. De ese número ocho están en el Archipiélago, seis en las Misiones de Tonkín, China y Formosa, y una en España. Existen actualmente en esas quince vicarías cerca de 600 Religiosos y otras tantas Religiosas, poco más ó menos, todas ellas terciarias, consagradas á la enseñanza y á otras obras de misericordia.

Las casas en que viven todas esas personas pasan de 200. Sin embargo, conventos formales sólo hay tres, que son: Santo Domingo de Manila, Santo Domingo de Ocaña y Santo Tomás de Avila; porque si bien en varios colegios hay personal suficiente para constituir convento, no lo constituye por estar consagrados á la enseñanza, incompatible con la vida regular de un convento.

El convento de Santo Domingo de Manila fué fundado con la Provincia en 1587; el colegio de Ocaña en 1830; el de Avila en 1876; el de Santo Tomás de Manila en 1612; el de San Juan de Letrán de Manila en 1640; el colegio de San Alberto Magno de Dagupán en 1891; el colegio de niñas de Santa Catalina de Manila en 1698; los de Lingayen y Tuguegarao en 1891 y 1892; el de Madrid fué fundado primero en Ocaña en 1886, y trasladado á Madrid en 1892. Este colegio tiene por objeto formar profesoras terciarias, para dirigir los colegios de niñas de Filipinas y China. Los 22 beaterios de Tonkín fueron fundados sucesivamente durante los siglos XVII y XVIII, y las dos casas-colegios de la Santa Infancia de Emuy y Au-Poa, en China, en 1890. El Colegio de Santo Tomás de Manila fué elevado á la categoría de Universidad en 1645, y en 1785 fué equiparada en derechos y privilegios á las prime-

ras Universidades de España, á pesar de los vientos hostiles á todo lo eclesiástico que entonces soplaban. A tal altura habían sabido elevarse los Padres Dominicos.

Pero no debe confundirse la Universidad con el colegio de Santo Tomás. Los dos están á cargo de los Dominicos, porque ellos lo fundaron todo y lo sostienen á costa de grandes sacrificios personales y pecuniarios. Pero desde 1645, en que el colegio fué elevado á la categoría de Universidad, ó mejor dicho, desde 1623, en que Felipe IV dió valor académico á los estudios hechos en él, el colegio es una casa Vicaría de la Orden, mas la Universidad es un establecimiento literario, público y oficial, como todos los de su clase. En el colegio viven los profesores Religiosos que enseñan en la Universidad las carreras de Teología, Cánones, Filosofía y Letras, Ciencias y parte de las de Leyes, Notariado, Medicina, Farmacia, Comercio, Peritos mercantiles y Peritos agrimensores. Además viven en el colegio 50 colegiales y 6 fámulos seculares, á quienes la Provincia mantiene gratuitamente y da la carrera. Esos 50 colegiales han de ser hijos de españoles y de legítimo matrimonio, pero los 6 fámulos pueden ser indios ó mestizos. Además de las once carreras que acabamos de indicar, existe en la Universidad la Escuela de Practicantes de Medicina, Farmacia y Matronas. El Rector-Cancelario de la Universidad ha de ser siempre Religioso dominico.

Los estudiantes que se matriculan en la Universidad anualmente son de 5 á 6,000.

En el colegio de Letrán danse la enseñanza primaria y segunda completas. Hay ordinariamente en este colegio más de 200 colegiales pensionistas además de los fámulos; pero por cada 10 pensionistas admítase gratis uno que sea pobre y huérfano. Estos pobres huérfanos pueden hacer gratuitamente, no sólo la carrera del bachillerato, sino también la de facultad mayor en el colegio, corriendo por cuenta de éste todos sus gastos. De modo que entre los 56 del colegio de Santo Tomás y los veinte y tantos de Letrán, son más de 80 los estudiantes que hacen gratuitamente su carrera literaria á expensas de la Provincia. El actual ministro de la Guerra, Sr. Azcárraga, fué colegial en Santo Tomás. También está floreciente el nuevo colegio de Dagupan.

En el convento de nuestro Padre Santo Domingo de Manila, cabeza de toda la Provincia, se da un culto tan espléndido cual no se dé tal vez hoy en ninguna parte: se conservan las observancias austeras y tradicionales de los Maitines á media noche, vigilia perpetua, etc.: ejércese con esmero el ministerio del púlpito, confesonario, etc., y allá van á concluir en paz sus días los veteranos que, por sus años y enfermedades, no pueden continuar en el campo de batalla de los ministerios exteriores: es una especie de cuartel de inválidos. Allí permanecen también los jóvenes Religiosos que van de España, durante el tiempo necesario para adiestrarse en la táctica especial del ministerio que han de ejercer después.

Los colegios de Ocaña y Avila, sin descuidar el ministerio espiritual de las almas, están consagrados principalmente á lo más difícil, delicado y tras-

cidental que hay en todas las Corporaciones religiosas: la formación de los jóvenes Religiosos, de quienes depende todo el porvenir de tales Corporaciones. Por eso se procura ante todo que en esos colegios no haya sino hombres encanecidos en la observancia regular, en la enseñanza, en la experiencia del arte difícilísimo, sobre todo otro, según San Crisóstomo, de la formación de los jóvenes; y mucho más de los que están destinados á ministerios de la más alta importancia. Obrar de otro modo sería el error más grande y lamentable en que podría incurrirse; sería un suicidio, que tendría por consecuencia necesaria la ruína de la Corporación y de las infinitas almas que de ella dependen. En estos colegios se enseña ante todo y sobre todo á los jóvenes á ser buenos Religiosos, porque de esto depende todo lo demás. Echado este fundamento, sin el cual todo el edificio se arruinaría infaliblemente, sobre él se adifica la ciencia, empezando por la perfección de las humanidades, continuando por todos los ramos de la filosofía, teología, derecho canónico, historia y lenguas sabias, y concluyendo con la oratoria sagrada; para lo cual están los colegios dotados del personal suficiente. Tiene además la Provincia en España las casas de la Procuración general y Beaterio de Terciarias docentes en Madrid, y la Residencia de Valencia, en donde varios Padres ejercen con gran fruto el ministerio de las almas, continuando las gloriosas tradiciones y recuerdos de San Vicente Ferrer y San Luís Beltrán, y de los insignes conventos de Predicadores y el Pilar.

Las Misiones de infieles son de dos clases: una de salvajes igorrotos en Nueva Vizcaya (Filipinas), y otras de paganos más ó menos civilizados en China, Tonkín y Formosa. Están en curso actualmente varios expedientes para dar más amplitud á las Misiones de los salvajes filipinos. Aunque la Provincia hizo antiguamente grandes esfuerzos para establecer Misiones permanentes en Camboja y Siam, no pudo conseguirlo. Sólo consiguió fundar, además de las indicadas, la gloriosísima Misión del Japón. Allí lucharon y murieron con heroísmo legendario nuestros hermanos, hasta que una persecución, sin precedente en la historia, hizo enteramente imposible la predicación del Evangelio desde 1638. En 1626 nuestros misioneros conquistaron para la Iglesia y para España la isla Formosa; pero inicuamente suplantado el pabellón español por el holandés, lo fué también el Catolicismo por el Protestantismo en 1642, hasta que arrojados de allí los herejes por los chinos, los Dominicos restablecieron sus antiguas Misiones en 1859; y se espera que bajo el dominio japonés, á que acaba de pasar la isla, el Catolicismo hará mayores progresos. En China fundó la Provincia sus Misiones en 1631, venciendo tenaces é infernales obstáculos, sin haber abandonado hasta hoy sus conquistas, antes bien extendiéndolas siempre más. En 1676 penetraron nuestros misioneros en el antiguo, hoy nominal imperio de Anam, del cual eran tributarios los reinos de Siam, Cochinchina y Tonkín; y en este último lograron fundar sus celebérrimas Misiones, cuyas glorias compiten con las famosísimas del Japón, por las sangrientas y prolongadas persecuciones que aquella Iglesia sufrió con valor indomable; por la brillante

pléyade de Mártires que al cielo envió, y por el fervor admirable con que aquellos sencillos cristianos practican nuestra santa Religión.

Las Misiones de China comprenden los vicariatos apostólicos de Fokien Norte y Fokien Sur ó Emuy. Las de Tonkín comprenden tres vicariatos apostólicos: Oriental, Central y Norte. Los señores Obispos-Vicarios apostólicos han de ser siempre Religiosos de la Provincia, y lo mismo sus coadjutores ó auxiliares cuando los tienen. A cada vicariato apostólico corresponde una vicaría provincial, excepto al de Emuy, que comprende además la vicaría provincial de Formosa.

Las vicarías provinciales están divididas en distritos. En cada uno de éstos hay una casa-convento, en donde reside ordinariamente el Padre misionero español y el coadjutor, que es un Religioso ó sacerdote secular indígena, y además 15 ó 20 niños que estudian *caracteres*, es decir, la instrucción primaria que allí se da. Los más despejados de estos niños siguen la carrera eclesiástica para ser sacerdotes, y los demás son destinados á lo que puede llamarse también la carrera catequística. Viven también en la casa dos ó tres catequistas para ayudar al Padre misionero en sus ministerios, y los terciarios legos necesarios para los ministerios temporales y mecánicos de la Misión. En la residencia del Padre Vicario provincial viven unas 100 personas; y en las de los Padres misioneros de distrito viven de 25 á 30.

Hay en cada vicaría provincial dos Seminarios eclesiásticos: uno de latín y otro de teología moral, y rudimentos de dogmática; porque á estos estudios se reduce la carrera del clero indígena. Los profesores de estos dos Seminarios son Dominicos españoles.

Los catequistas son de tres grados. Los del primer grado están destinados á ayudar á los Padres misioneros en la administración de Sacramentos. Su oficio es acompañar al Padre en todas sus excursiones apostólicas, y preparar á los fieles para recibir dignamente los Santos Sacramentos. Para esto necesitan ser examinados y aprobados acerca de un tratado de los Sacramentos escrito para ellos.

A los catequistas de segundo grado pertenece: 1.º predicar á los fieles; para lo cual están autorizados por la Santa Sede, previas ciertas condiciones, aunque no están ordenados; 2.º catequizar á los catecúmenos que se han convertido; 3.º atraer á los infieles á la fe. Para esto necesitan ser examinados y aprobados acerca de un tratado apologética de la Religión cristiana, en que se exponen los motivos de credibilidad, y se refutan todos los errores y supersticiones de aquellos gentiles. Los catequistas de tercer grado ó jubilados son ancianos venerables que después de haber ejercido hasta la vejez dignamente el catequistado, son destinados á la vigilancia de los niños y jóvenes y á otros oficios domésticos.

Todos los Padres misioneros, Seminarios, clero secular y regular, catequistas y legos terciarios que sirven en las casas-conventos, viven de vida común á expensas de la Provincia y constituyen en cada vicaría una especie de comunidad, llamada «Casa de Dios.» Los cristianos de Tonkín son sin duda de los mejores del mundo. Aquel jardín de la Iglesia regado con tanta

sangre de Mártires, no puede menos de producir flores bellísimas. Si aquellos santos cristianos vieran la vida que llevan los de Europa, los tendrían por infieles. Los pueblos cristianos allí son como las Comunidades religiosas aquí. Por la mañana todos acuden á la iglesia para hacer el ejercicio del cristiano, oír Misa, si la hay, y rezar una parte de Rosario, que rezan entero todos diariamente. Lo mismo hacen por la noche. Cada año hacen ejercicios espirituales. Frecuentan los Sacramentos cuando tienen proporción. Aunque allí apenas se ven pecados graves, sin embargo cuando se preparan en común para confesarse se levanta un llanto general capaz de mover á compunción á las mismas piedras. En Cuaresma se les explica diariamente el Evangelio en la iglesia por el Padre misionero ó por un catequista, y lo mismo se hace en todos los días festivos. En fin, aquello es la reproducción de la primitiva Iglesia, un pueblo de santos.

Las Misiones de infieles salvajes de Nueva Vizcaya (Filipinas) se inauguraron en 1741. El ministerio de estos Padres misioneros en parte es más fácil y en parte más difícil que el de los de China y Tonkín. Es más fácil, porque estos salvajes apenas profesan religión ninguna, y por lo tanto fácilmente se desprenden de las groseras y meramente rutinarias supersticiones que practican; mientras que los paganos de Tonkín, y mucho más los de China, profesan una religión bien orga-

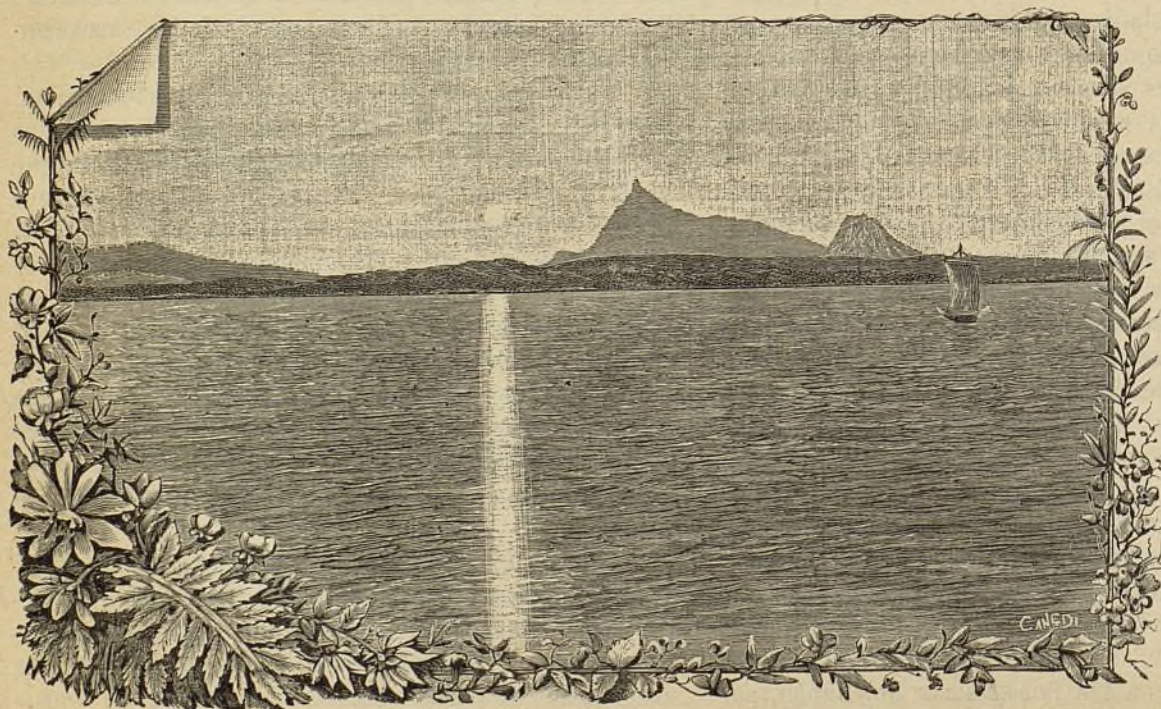


NORUEGA.— Un glaciar del Svartisen. (Pág. 525)

nizada y más ó menos científicamente expuesta; y por eso es más difícil hacerlos renunciar á ella. Pero por otra parte, como estos paganos están civilizados y tienen cierta cultura intelectual, comprenden mejor los motivos de credibilidad, y se sujetan más fácilmente á la cultura cristiana; mientras que á los salvajes hay que empezar por hacerlos hombres racionales, cosa difícil, antes de hacerlos cristianos: doble trabajo. Además de las Misiones de infieles, hay otras impropia-mente tales y comprenden muchos pueblos, cristianos en su totalidad, pero que permanecen en estado de Misión, sin pasar al de parroquia. Tales son las islas Bata-

nes, doce pueblos de Nueva Vizcaya, cinco de la Isabela y uno de Cagayán.

Administran los Dominicos en Filipinas 72 parroquias, distribuidas en las provincias de Manila, Cavite, la Laguna, Bataan, Pangasinan, Tarlac, Cagayán y la Isabela. Estas parroquias llamábanse antes *doctrinas* ó Misiones porque los Padres misioneros ni asumían la cura de almas,



NORUEGA.— El sol de media noche cerca de Hestmandø. (Pág. 525)

ni recibían la colación canónica. Pero en el último tercio del siglo pasado, á pesar de la grandísima repugnancia y resistencia de todos los regulares, se les obligó á entrar por la organización parroquial, que últimamente ha sido casi uniformada con la de España.

A los Religiosos encargados de las parroquias se debe la conservación de Filipinas bajo el dominio de España y de los indios en la Religión cristiana; pues uno y otro desaparecerá indudablemente el día en que falten los Religiosos de allí. Bien convencidos de esto los masones, enemigos por igual de la Religión y de la patria, años ha que vienen haciendo una guerra infame á esos ilustres



NORUEGA.— El Torgghatten horadado. (Pág. 525)

defensores de una y otra, que sin otros móviles que los nobilísimos de la virtud y del patriotismo no vacilan en condenarse á un ostracismo perpetuo y á una vida de penalidades y sacrificios sin cuento, tan mal comprendidos como peor agradecidos aun por aquellos que más debieran agradecerlos y recompensarlos. Si estos mártires de su deber no tuvieran los ojos puestos en el cielo, ciento y mil veces hubieran abandonado su generosa, civilizadora, patriótica y cristiana empresa; pero fieles á su vocación heroica continúan y continuarán tremolando con invencible brazo el doble estandarte de la cruz y de España, mientras no falte tierra á sus pies. ¡Quiera Dios que los tristísimos sucesos que en estos momentos tienen lugar en aquel, poco ha, feliz Archipiélago, abran los ojos á los ciegos y devuelvan á los por tantos títulos, beneméritos párrocos regulares de Filipinas el prestigio y consideración que tan inicua como torpemente se les ha quitado, y que tan necesarios les son para continuar prestando á la Religión y á la patria los inapreciables servicios de siempre.

defensores de una y otra, que sin otros móviles que los nobilísimos de la virtud y del patriotismo no vacilan en condenarse á un ostracismo perpetuo y á una vida de penalidades y sacrificios sin cuento, tan mal comprendidos como peor agradecidos aun por aquellos que más debieran agradecerlos y recompensarlos. Si estos mártires de su deber no tuvieran los ojos puestos en el cielo, ciento y mil veces hubieran abandonado su generosa, civilizadora, patriótica y cristiana empresa; pero fieles á su vocación heroica continúan y continuarán tremolando con invencible brazo el doble estandarte de la cruz y de España, mientras no falte tierra á sus pies. ¡Quiera Dios que los tristísimos sucesos que en estos momentos tienen lugar en aquel, poco ha, feliz Archipiélago, abran los ojos á los ciegos y devuelvan á los por tantos títulos, beneméritos párrocos regulares de Filipinas el prestigio y consideración que tan inicua como torpemente se les ha quitado, y que tan necesarios les son para continuar prestando á la Religión y á la patria los inapreciables servicios de siempre.



NORUEGA.— Parte de un glaciar del Svartisen. (Pág. 525)

III. — ESTADÍSTICA DE LA PROVINCIA DEL SANTÍSIMO ROSARIO

Desde la fundación de la Provincia (1587) hasta hoy han ingresado en su seno 2,370 Religiosos, de los cuales 100 murieron en España sin ir á Filipinas. De éstos tomaron el hábito en Santo Domingo de Manila 242; en el colegio de Ocaña 880 próximamente; en Tonkín 130; en Japón unos 20; en China 9; en Avila unos 6 ú 8 de obediencia. Todos los demás fueron de las Provincias de España, Aragón y Andalucía, y algunos franceses é italianos, en las 110 Misiones que durante más de tres siglos salvaron los mares.

De esta brillante pléyade de apóstoles 102 dieron su vida por la fe: 31 en Japón; 42 en Tonkín; 11 en Fi-

lipinas; 8 en China; 6 en Guadalupe; 2 en Formosa; 1 en Camboja y otro en la isla de Lekios. A decir verdad, bien pudiéramos decir, que todos los que consagran su vida al apostolado en aquellas lejanas regiones son en cierto modo mártires, porque todos abrigan el consolador convencimiento de que sacrifican una parte mayor ó menor de sus días por la propagación y conservación de la fe. No contamos en este número á los terciarios mártires, porque éstos son muchísimos más.

Cerca de 600 individuos cuenta hoy en su seno la Provincia como hemos dicho. Según la estadística de 1895, y contando en números redondos, 230 de esos individuos están en España, 120 en las Misiones, 110 en los curatos, 50 en el convento de nuestro Padre Santo Domingo de Manila, y unos 60 profesores en la Universidad, colegios de Filipinas y España, y Seminarios de las Misiones, y muchos Religiosos de obediencia.

Los 5 vicariatos apostólicos de Tonkín, China y Formosa comprenden 114 distritos, y éstos 1,320 cristiandades, en las cuales hay 150 escuelas cristianas, 200 catequistas, 222 aspirantes á catequistas, y 1,500 cristianos encargados de recoger niños abandonados, hijos de infieles, y bautizarlos *in articulo mortis*, y sino albergarlos en los 22 hospicios destinados *ad hoc*. Sólo en 1895 se recogieron cerca de 20,000 de estos inocentes, que mueren luego en su mayor parte; pero que van formando inmensas legiones de angelitos, que no pueden menos de pesar mucho en la balanza divina en favor de esta Provincia, á la cual deben, como otros infinitos, su salvación. Ese mismo utilísimo oficio, además de otros, tienen las 500 Beatas que existen en los 23 beaterios de Tonkín, que con sagacidad admirable se introducen por todas partes buscando almas que salvar.

En los diversos colegios de Terciarias dedicadas á la enseñanza bajo la jurisdicción de la Provincia hay 90 Religiosas. Los terciarios seculares son innumerables, pero verdaderos terciarios; y cofrades del Rosario son casi todos los cristianos. Las almas confiadas hoy al cuidado de esta Provincia son 875,000; y los infieles de sus distritos, por cuya conversión se trabaja sin descanso, son 13.000,000. Finalmente, la Provincia cuenta hoy entre sus hijos un Arzobispo y diez Obispos.

Este breve y sencillo relato bastará para que todos comprendan el papel importantísimo que la Provincia del Santísimo Rosario representa, no sólo dentro de su Orden, sino también en la Iglesia católica. Sea lícito al último de sus hijos rendirle este pequeño tributo de gratitud filial.

MISIÓN CATÓLICA DE LANDANA (CONGO)

POR EL P. CAMPANA, DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

El país

III.—Naturaleza y fertilidad del suelo

EL suelo, en general, es ligero y algo arenoso. Debajo de la capa exterior de tierra hay otra de arcilla compacta; pero á cualquiera profundidad que se excave no se encuentra la toba ni la roca. Apenas se hallan á la orilla del mar algunas piedras calcáreas,

que los europeos hacen recoger con cuidado por sus negros y transportar á veces á largas distancias. No sucede lo mismo lejos de la costa: el interior del Congo posee abundancia de rocas graníticas.

En los alrededores de Mayumba, en el Congo francés, hay minas de cobre; pero los negros no saben explotarlas, y se contentan con aprovechar los trozos de este metal que se hallan á flor de tierra.

Toda la región de Landana es sumamente fértil.

En las mesetas de apariencia árida se desarrollan con ligero cultivo la yuca, el maíz y los alféngicos.

Las llanuras bajas son particularmente favorables á la caña de azúcar, al cafeto, al algodónero, al pimento y al tabaco.

En el fondo de los valles, donde el suelo es aún más rico, obtiéndose fácilmente todos los frutos de los países intertropicales, como plátanos, naranjas, mandarinas y anacardos.

Durante la estación seca y en las cercanías de las fuentes, gran número de legumbres y hortalizas dan excelentes resultados por poco que se les riegue cada día.

En las orillas del Zairo y en toda la región del Kacongo crece con profusión un árbol cuyo fruto parece goza de la virtud de clarificar los licores, y de hacer potables las aguas contaminadas, y comestibles los manjares corrompidos: además á las cualidades alimenticias del cacao une las propiedades estimulantes del café. Este fruto precioso consiste en una vaina de color amarillo obscuro conteniendo de diez á quince granos blancos y rojos. Es conocido con el nombre de nuez de kola. Pudiera utilizársele para muchos usos si el árbol que lo produce fuese cultivado sistemáticamente.

IV.—Bosques y páramos

Bosques siempre verdes cubren grande extensión del país. Todos los negros tienen en ellos derecho de caza y de cortar tanta madera como quieran; pero se contentan con recoger del suelo la leña que les basta para hacer fuego.

Lianas de varias longitudes y gruesos se cruzan en todos sentidos, haciendo estos bosques poco menos que impenetrables. Entre ellas merece señalarse la que suministra la goma elástica. Abunda especialmente en los linderos de los bosques. En el mes de Junio se cubre de magníficos ramos de flores blancas, de delicioso perfume. A la flor sucede un fruto del volumen y color de una naranja, que contiene huesos rodeados de una pulpa acidulada y refrescante muy apetecida de los indígenas. Después de las primeras lluvias los negros cortan estas lianas y sacan de ellas un jugo blanco como la leche, que no tarda en coagularse y producir el caucho (1).

De todos los árboles de los bosques el más grande y grueso es sin disputa el *baobab*, apellidado el gigante vegetal, cuyo tronco no pocas veces mide en la base más de veinte metros de circunferencia. La madera de este árbol, filamentososa y muy corruptible, es impropia para toda construcción. Se aprovecha su corteza para hacer cables, y su fruto, que es una especie de calabaza

(1) Este caucho, de calidad inferior, es poco explotado por los indígenas. La verdadera goma elástica procede del interior.

grande y prolongada de varios litros de cabida, la utilizan los indígenas para el transporte del agua.

Mas el árbol que constituye la riqueza de este país, es la palma de la que se extrae aceite, denominada en lenguaje científico *elais guineensis*. Crece en todas partes sin cultivo, en los terrenos secos como en los húmedos, pero en particular á orillas de los ríos.

Esta palma lleva enormes racimos llamados de *den-den*, cuyos frutos, muy apretados, tienen alguna semejanza con la piña. El tamaño de cada fruto es por término medio el de una nuez gruesa. Compónese de un cuesco oleaginoso de cáscara durísima, recubierta de una pulpa amarillenta. El cuesco es la *coconota*, la pulpa el aceite de palma, una y otro objeto de gran comercio. El aceite de palma en estas comarcas se halla en estado sólido: es estearina casi pura.

Los negros comen las coconotas, y con el aceite de palma fresco hacen una salsa picante, sazónada con sal y pimienta, llamada *noamba* ó *muhambes*, que es su manjar predilecto.

Si se practica una incisión debajo de la flor de la palma, obtiéndose un licor blanquecino y sujeto á la fermentación que los europeos llaman vino de palma, y que los indígenas conocen con el nombre de *malavu masamba*.

Este licor es agradable y refrescante, pero puede embriagar fácilmente.

Además, los negros fabrican con las hojas de palma telas muy vistosas, sombreros, esteras y cestos: utiliza también para techar sus cabañas.

Como se ve, la palma provee á todas las necesidades de los negros: le da pan, vino y aceite, tres substancias que son la base de toda alimentación. Provéeles igualmente de vestido y abrigo contra la intemperie.

Al lado de estos bosques se extienden vastos páramos cubiertos de hierbas espesas y duras que alcanzan tres y cuatro metros de altura. Al terminar la estación seca estas hierbas amarillean, y los indígenas les pegan fuego, tanto para abrirse camino fácil como para alejar las fieras y las serpientes.

Por la noche este incendio de las altas hierbas escalando las cuestas ó descendiendo en cascada sobre los flancos de las montañas, presenta un espectáculo magnífico. La llama corre por la superficie de las lomas, cambiando incesantemente de forma y de lugar, aquí lanzándose como un cohete, y allá extinguiéndose para reaparecer de súbito al soplo del viento.

V.—Animales salvajes y domésticos

Los bosques y los páramos sirven de refugio á toda clase de animales.

El león no es conocido en la región de Landana; pero abundan en ella los leopardos y chacales.

De la talla de un perro grande de Terranova, con las patas mucho más gruesas y musculosas, el leopardo es temible para la mayor parte de los animales y también para el hombre cuando éste le ha herido; pero por lo regular no le ataca primero.

Los chacales se reúnen por bandas, y merodean hasta por los alrededores de las casas, oyéndose con frecuencia durante la noche sus siniestros aullidos.

Encuéntanse con frecuencia en el bosque varias especies de gatos tigres; asimismo algunos zorros y multitud de otros animalitos carnívoros, sólo temibles porque arrebatan las gallinas.

Los monos son numerosísimos y de especies muy variadas; unos no mayores que el puño, y otros, como el chimpancé y el gorila, de la talla de un hombre, y mucho más fuertes que él: los negros evitan su encuentro.

Entre los animales preferidos por los cazadores debemos señalar el antilope. Los hay de muchas especies; la más común se parece al macho cabrío de Europa, con la diferencia de que tiene el pelaje rojizo rayado de líneas blancas. Los cuernos del macho son muy largos, puntiagudos y ligeramente encorvados hacia atrás; los de la hembra son más cortos.

Otra caza muy buscada por la delicadeza de su carne es el zibizi, animal particular de estas comarcas, que tiene algo del javalí y de la liebre, pero que no es mayor que esta última.

Encuéntanse también por la parte de Loango jabalíes, cabras, gamos, ciervos y búfalos. El búfalo es salvaje y feroz: vaga errante por los bosques y campiñas desiertos que hace estremecer con sus mugidos. Los indígenas no se atreven á atacarle, pues no retrocede ante el cazador, y aun se precipita sobre él con furor cuando está herido.

Los elefantes sólo se encuentran muy lejos en el interior del Congo: son de gran talla, y sus colmillos llegan hasta dos metros de longitud. Los hipopótamos y cocodrilos pululan á orillas de los ríos. La carne del hipopótamo, que dicen se parece mucho á la del buey, sirve de alimento á los indígenas, y debo consignar que no la desdeñan los blancos.

Existe en el Congo gran variedad de reptiles: citamos sólo la víbora con cuernos, cuya picadura es peligrosísima, y la boa, que alcanza una longitud considerable.

Los insectos sobreabundan en este país. Entre los más perjudiciales débense contar los mosquitos, el arador y las termitas ú hormigas blancas.

Los mosquitos están armados de un aguijón ponzoñoso que introducen sin misericordia en la carne. La tenacidad de estos insectos es asombrosa: no cesan de dar vueltas en torno de su víctima, de excitarla con su zumbido y con el roce de sus alas y sus picaduras, sin que la abandonen hasta que están hartos de sangre. Se levantan con el crepúsculo y no desaparecen hasta la aurora. Por la noche sería imposible conciliar el sueño sin hacer uso de la mosquitera. Esto se entiende de los europeos, pues los indígenas alejan á los mosquitos de la choza llenándola de humo.

El arador, conocido en el mundo científico con el nombre de *pulex penetrans*, son pulgas casi imperceptibles, cuya picadura es aún más ponzoñosa que la de los mosquitos.

Atacan de un modo particular la planta y los dedos de los pies. Allí penetran con preferencia, se instalan y multiplican con increíble fecundidad si no se les saca así que se experimenta el malestar ocasionado por su presencia. Los pies no son luego más que masas esponjosas y caen á pedazos, y con frecuencia las personas atacadas por este mal acaban por perder la vida. En

los casos graves, el remedio consiste en embadurnar con petróleo ó aceite fenicado la parte del cuerpo atacado por estos insectos perniciosos.

Las termitas, vulgarmente llamadas hormigas blancas á causa de su forma y color, trabajan siempre al abrigo de un pequeño túnel de tierra, y llegan en pocos días, si no se las ataja á tiempo, á demoler las casas más sólidas. Respetan la madera verde, pero roen la seca con tal persistencia, que ni la misma encina resiste á sus dientes. Para poner las chozas al abrigo de sus ataques, hay que edificarlas sobre pilares de hierro ó piedra.

Los bosques y campos están llenos de infinidad de pájaros. Sus cantos son armoniosos, pero no tanto como los de las avechillas de Europa: su plumaje se distingue por la riqueza de los colores.

Los lagos, los ríos y el mar están poblados de peces. Pocos son los animales domésticos: apenas se cuenta más que con el ánade, la gallina, la cabra, el cerdo, el carnero, el gato y el perro.

Los ánades tienen cresta, y son de doble tamaño que los nuestros: las gallinas, por el contrario, son muy pequeñas, y su carne es coriácea y poco sabrosa.

Las cabras suministran muy poca leche.

Los cerdos, más pequeños que los nuestros, son casi todos de color negro.

Los carneros, en vez de vellón, tienen pelo corto y fino, y únicamente los poseen los ricos.

El aspecto de los gatos es miserable.

Poco numerosos son los perros, de corta talla y raquítica apariencia. Su ladrido es débil y se asemeja bastante al aullido del chacal.

En la isla de Mateva, situada en medio del Zairo, y en la orilla derecha de este río, dicese que hace algún tiempo se crían para la alimentación de los blancos de la comarca, numerosos rebaños de bueyes procedentes de la provincia de Angola.

En otras épocas los portugueses transportaron á Boma algunos caballos para aclimatarlos en la región; pero todos parecieron.

Recientemente han renovado los belgas esta tentativa: acaban de enviar al Congo caballos ardaneses y de la raza de Tenerife, que deben servir para ensayos de reproducción y cría.

EXCURSIÓN AL PAÍS DE LOS ESHIRAS

POR EL P. BULEON, MISIONERO DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

VI Y ÚLTIMO

Algo de Religión.—Regreso á nuestra casa

No hay que hacerse ilusiones; sólo por la Religión se logrará civilizar el Africa.

El negro fetiquista amará al europeo, negociará con él, pero permanecerá grosero é incapaz de fraternizar con nosotros, pues sus costumbres son muy inferiores.

El negro musulmán odiará al europeo; le adulará mientras se reconozca más débil, pero dispuesto á asestarle siempre que se ofrezca la ocasión. La experiencia lo atestigua, y hechos recientes lo recuerdan.

Únicamente la Religión cristiana regenerará el Africa, y le dará sentimientos de fraternidad con el mundo civilizado.

Cuando dos sociedades se ponen en contacto, es necesario que una de las dos desaparezca si no es susceptible de perfeccionarse, ó que se ennoblezca y llegue paulatinamente á identificarse con la más perfecta, tomando de ésta todos los elementos que le faltan: tal es el gran problema de la colonización.

Nunca se civilizará el Africa si no se da á estos pueblos el elemento religioso que satisface su necesidad de sobrenatural; pues entre ellos todo es religión: la autoridad está basada en la religión, la familia tiene sus dioses lares á ejemplo de los griegos y romanos, y así como la Religión cristiana es la única que pudo cambiar el antiguo mundo, así sólo por la Religión se llegará á simpatizar con los pueblos africanos.

Muchos viajeros han pretendido que los negros no conocen á Dios, y que su simulacro de religión se reduce á algunas prácticas ridículas.

Permítannos estos señores que afirmemos lo contrario, pues cuando se estudia á un pueblo hay que hacer abstracción de la educación que se ha recibido, y después de profundizar é investigar las causas de los usos que nos extrañan, de analizar las expresiones principales de la lengua, y de comparar las costumbres de otros pueblos de origen común, entonces admírase cuán lógica es la conducta del individuo y cómo se encadenan sus actos. Al africano con frecuencia se le juzga erróneamente porque casi nunca se le comprende bien. Su religión es la clave de este enigma, y conviene estudiarla. Como para curar á un enfermo el médico debe conocer á fondo la enfermedad, así el misionero, si quiere hacer en Africa algún bien é implantar allí nuestra santa Religión, deberá estudiar á fondo el culto fetiquista del país donde se halla.

Las tribus de la cuenca del Ogowé y del Gabón conocen á Dios. Los pongwés le llaman *Agnambge*, los pahuinos *Agname*, los loangos *Nzambi*, y los eshiras *Ntchambi*. Es el mismo nombre variando ligeramente con los diversos dialectos, y procedente de un radical común, *Amb*, que, entre los wagandas forma el verbo *Amba*, es decir, juntar, reunir. Esto es precisamente lo que creen nuestros negros: para ellos Dios es el Criador, Aquel que ha juntado y reunido todas las cosas.

Así el hombre, por mucho que degenera, en tanto merezca ser llamado hombre debe por necesidad reconocer un Dios. Pero ¿cuál será este Dios? ¡Ay! fuera de la Revelación, nuestro espíritu no puede elevarse muy alto, y se pierde en sus errores: no hay, pues, que extrañar que el negro haya caído en las más groseras supersticiones; empero las prácticas de su religión, que nos parecen tan grotescas, son sin embargo la mayor prueba de su creencia en Dios y de las aspiraciones de su corazón hacia lo sobrenatural.

Los eshiras, como sus vecinos, son fetiquistas, y se pudiera dividir su culto en tres partes:

1.º *Ntchambi*.—Dios, Creador y soberano Dueño de

todas las cosas, es un ser bueno, á quien apenas tributan culto porque nada temen de El. Sólo alguna que otra vez, en momentos de angustia, el negro exclama:

—¡Ah, Dios mío! ¡ayúdame, apiádate de mí!

Con frecuencia les he oído blasfemar, diciendo:

—Dios es malo, pues ha dejado morir á este hombre.

Por lo demás, esto revela el carácter del africano, quien poco accesible al amor y á la gratitud, olvida pronto al que le colma de beneficios, pero habla largo tiempo de aquel que es más fuerte y le habrá impuesto su voluntad.

2.º *Los espíritus malos*.—Los espíritus *Incemba*, *Abambo* é *Inkinda* parecen ser la preocupación principal de las poblaciones fetiquistas del Africa. Según los eshiras, existe multitud de espíritus inferiores, rebeldes á Dios, cuyo papel consiste en turbar el reposo de los humanos y en hacerles insoportable la vida. A éstos los temen mucho, y se esfuerzan por todos los medios posibles en hacerseles favorables, y de ahí esas extravagantes ceremonias á las cuales conceden tanta importancia.

3.º *Las almas de los antepasados*, que designan generalmente con el nombre de *ombuiri*.—Los eshiras están persuadidos de que las almas de sus antepasados se eligen en este mundo una residencia desde la cual presiden á los destinos de la familia: ora es un peñasco, ora un árbol; á veces un bosquecillo sagrado, un río ó un estanque.

Estos *ombuiri* son objeto de un verdadero culto. Está prohibido bajo pena de muerte profanarlos: en ellos el jefe de la familia ofrece frecuentemente sacrificios; y

no emprende viaje ni acción alguna importante sin consultar el *ombuiri* y captarse la benevolencia de los espíritus malos.

Si se quiere declarar la guerra, el gran fetiquista cuece hierbas y quema perfumes, exprime el jugo de aquéllas sobre el cráneo del antepasado protector; sacrifica una gallina, y vierte su sangre en los senderos cercanos y deposita su carne en una tumba. Cada día por la tarde encienden en los pueblos hogueras que arden toda la noche, bajo un cobertizo delante de los fetiques protectores y de los cráneos de los antepasados, y á intervalos óyese en el silencio de la noche la matraca del fetiquista, el sonido prolongado de una trompa, ó una especie de oración cantada al sonido del *ngambi*, para decir á los espíritus que el vigilante no duerme y piensa en ellos.

La mayor parte de los ancianos de la familia son sacerdotes y oráculos de esta religión, sin perjuicio de ciertos hechiceros ó fetiquistas de profesión (*oganga*), que se ganan la vida prediciendo las desdichas futuras, curando las enfermedades y vendiendo amuletos en los que sus crédulos clientes tienen absoluta confianza.

Cada noche nuestro huésped recorría el pueblo agitando su *nkendo* (campana real), y pronunciando con voz lenta su acostumbrada súplica: «Espíritus de mis antepasados, quedad en paz: cantaremos vuestras alabanzas; vuestros cráneos han sido blanqueados por el *peshu*, y por mi propio soplo quiero bendeciros. No turbéis el sueño de vuestros hijos, ni traspaséis el *oka* (1). Vampiros y fuegos fatuos, no abuséis de las tinieblas para

(1) Especie de barrera sagrada en la entrada de cada pueblo.



CONGO.—Bosque á orillas del Zairo. (Pág. 518)

chupar nuestra vida. Malditos seáis, encantadores y hechiceros; malditos seáis, fantasmas, á quienes no baste el reposo de los cementerios.»

El culto de los muertos es la base del fetiquismo, y sus ceremonias son ora grotescas y ridículas, ora sangrientas y terribles, terminando siempre con un sacrificio.

Los negros son muy religiosos, y pasan la vida invocando á los espíritus y ofreciendo sacrificios. La revelación primitiva está desnaturalizada entre ellos, y habiendo perdido la noción del verdadero Dios, como los griegos y romanos acostumbran recurrir á sus difuntos, á quienes atribuyen sobre la vida una influencia continua. En donde quiera reina el fetiquismo, encontramos el elemento esencial de toda religión, el sacrificio, una ofrenda, una inmolación ofrecida á los espíritus para hacerlos propicios y apaciguar su cólera.

Después de una semana de excursiones en las llanuras eshiras, la caravana emprendió el regreso á Fernán Vaz por camino distinto. Henos de nuevo en el bosque; pero no el sumido en fúnebre reposo; por do quier se veía la huella del hombre. Aquí un puente para salvar un barranco; allá una trampa para coger las fieras; más lejos, en un espacioso claro, plantaciones de plátanos, alfóncigos y yuca; las villas son numerosas y muy pobladas en esta zona.

Al cabo de un mes de marcha al través de países hasta entonces desconocidos, llegamos á la Misión de Santa Ana de Fernán Vaz.

Pronto partirá de este punto una caravana que se dirigirá hacia el país eshira, pues se ha decidido fundar en él una Misión, y si place al cielo bendecir nuestros trabajos, el verdadero Dios será por fin adorado en el país eshira.

VIAJE ENTRE LOS TUAREGS ASDJERS

POR EL R. P. HACQUART, DE LOS PADRES BLANCOS

III.—De Hassi bel-Heiran á Temassanine

EN vez de dirigirnos directamente hacia Muilah-Matallah y el-Biodh, al Sur, la insuficiencia de nuestra provisión de agua nos obligó, en Mokhanza, á inclinarnos hacia el Oeste y pasar por Ain-Taiba.

Las masas de arena son cada vez mayores, y los *ughrud* aislados se aproximan y enlazan por medio de *siufs*. La marcha se hacía penosísima, y durante dos días nos azotó el viento de un modo terrible.

En medio de la tormenta Maammar dió muestras de celo é inteligencia. Conoce al dedillo esta parte del Sahara, y sabe abordar Ain-Taiba por el Este, el lado más inaccesible. Tomando la delantera con algunos ginetes escogidos, subía á las dunas más altas, é instalado en la cumbre inspeccionaba el horizonte, y desde su punto de observación dirigía la caravana. Con gritos agudos que dominaban el estrépito del viento y el silbido de

la arena que azotaba nuestros rostros, con señales hechas con su albornoz indicaba los pasos menos difíciles, los collados menos altos y las pendientes menos rápidas, y cuando el último camello había desfilado ante sus ojos, volvía á la vanguardia y proseguía en su tarea hasta la noche. Entonces, instalado el campamento, se acercaba á nosotros como pidiendo una palabra de felicitación, y obtenida ésta partía satisfecho para la caza.

Su presencia no dejó de suscitar dificultades. Abdel-Nebi no le quiere porque es chaambi, y los uladjamaas estaban disgustados viéndole ocupar un puesto de confianza. Empero, al ser testigos de su comportamiento todos se rindieron, y el perro chaambi se trocó en Sidi Maammar: todos le prodigaron el Sidi con profunda veneración.

Al viento sucedió una fuerte lluvia, contratiempo tal vez, pero que nos facilitó mucho el paso de la parte más ardua del macizo de las dunas.

Por fin, al medio día del miércoles de Ceniza el guía nos indicó el *ughrud*, detrás del cual hay la fuente de Ain-Taiba. Al cabo de dos horas descubrimos el estanque con sus cañas y tres palmeras.

Nuestros camellos, muchos de los cuales no habían bebido en diez días, se precipitaron hacia aquella sábana de agua. Acampamos junto al Bahar (mar) de agua salada, sulfurosa, magnésica, descrita por Flatters. En cualquier sitio que se excave al pie de la roca, mana agua límpida, exquisita, que ha dado su nombre á la fuente, Ain-et-Taiba (la Fuente Buena).

—Si estás enfermo, dicen los árabes, bebe el agua de Ain-Taiba; ella te curará. Si con ella haces café, no pongas azúcar, pues es bastante dulce por sí misma.

Después de un día de descanso continuamos, á través del Erg, el camino de Muilah-Matallah, cruzando ora las cordilleras de dunas, ora los *feidjs* ó corredores que surcan el Erg en la dirección del Nordeste al Sudoeste.

El aspecto de esos anchos caminos en los cuales brilla herida por los rayos del sol una grava casi uniformemente negra, parece un mar por su tinte y extensión. El Gassi-Tuil, el mayor de todos y que conduce de Mokhanza á el-Biodh, es tan vasto que se pierden de vista las dunas que lo limitan. Nada se ve en torno, sobre el horizonte abrasado, á excepción de las puntas de los *ughruds* reflejadas en la atmósfera: el aire recalentado parece animarlas, y semejan nubes de arena impulsadas por la llama.

Nuestra avanzada reconoció el 14 de Febrero el pozo de Muilah-Matallah, sin hallar enemigos ni huellas sospechosas.

Habíamos sido tan económicos del agua, que después de abreviar los camellos y hecho llenar los odres de nuestra gente, pudimos nosotros llegar hasta Temassanine sin probar la salobre de Muilah. El agua de Ain-Taiba, al cabo de once días de *guerba* (odre), era aún relativamente buena. El día siguiente abandonamos presurosos aquel lugar siniestro.

Nada tan triste como esos rarísimos puntos de agua perdidos en medio del Sahara. Las tumbas que los rodean, los cadáveres de camellos, las osamentas humanas que cubren sus cercanías, los mezquinos arbustos teñidos en sangre, el suelo removido por las luchas cuerpo á cuerpo, los restos de armas y arneses esparcidos por la arena, todo habla allí de muerte y carnicería, y trueca estos lugares destinados á dar la vida á los viajeros sedientos, en horribles guaridas de salteadores. La impresión terrorífica que producen, la aumentan los relatos de los sobrevivientes de esas cruentas luchas, que muestran con orgullo sus cicatrices.

Pásase aprisa y hablando sólo á media voz: las gacelas circulan sin temer la bala del cazador, pues débese evitar que la detonación de un arma de fuego ó el ruido de la conversación despierte á la caravana ó al jeque ocultos tal vez en las dunas.

Esta situación explica la gravedad de una alarma que tuvimos el día siguiente de nuestra partida de Mui-lah-Matallah.

Habíamos acampado, después de una marcha de cuarenta kilómetros, en el lindero del Erg: los camellos volvían de pastar, y comíamos tranquilamente el *cusco*, cuando nos sobresaltó un tiro disparado cerca de nosotros, y luego otro y otro, hasta ocho en menos de un minuto. Cada cual tomó su fusil, y la mitad de los hombres ocupó su puesto de combate entre los bagajes y camellos. Me precipité hacia el teatro de la lucha con el viejo Abd-en-Nebi, armado con puñal, sable, lanza y fusil; pero ya oímos el grito de:

—*El afa! El afa!* (¡La paz! ¡la paz!)

—Hijos de infieles, exclamó Maammar; ¿la paz? ¿la paz? ¡Singular manera de darnos la paz! ¡La paz con ocho tiros de fusil!

Durante este tiempo cuatro jóvenes se habían echado á nuestros pies pidiendo perdón.

—Habiendo visto, dijeron, algunas matas de *hadd* en la parte opuesta de la duna, Hamma-Kebir y yo sin autorización condujimos allí nuestros meharas para que pastaran. Mohammed-ben-Belkassen y Ali el-Batsi nos oyeron por este lado, y tomando su fusil nos espionaron. Viéndoles andar con precaución, creímos que eran enemigos, y para salvar nuestras cabezas disparamos los fusiles, y ellos han hecho lo propio: felizmente, gracias á Dios y á la protección del jeque, ningún daño hemos recibido.

—¡Está bien! Ben-Salem, dije al jefe del convoy, cumple tu deber.

Y el viejo *chauc* muy satisfecho hizo atar sólidamente á los culpables, y dando sus fusiles á cuatro de los que le parecieron más resueltos, dijo:

—A vosotros confío la custodia de estos hijos del pecado: al primero que intente huir ó desatarse no vaciléis, ¡matadle!

Luego fuimos á comer nuestro *cusco* enfriado y á deliberar sobre el castigo que debía imponerse. Como aquellos infelices eran muy jóvenes, nos pareció que algunos momentos de temor sería lección suficiente, y después de transmitir nuestro propósito al mokaddem, convocamos á nuestra gente en tribunal marcial. Arro-

dillados los presos en medio del círculo, Abd-en-Nebi les miró severamente algunos instantes, y golpeando el suelo con su lanza, exclamó:

—¡Perros! ¿qué habéis hecho? Erais nuestros hijos y os habéis trocado en nuestros enemigos. ¿Cuánto os dió Bu-Kechba para que descubrieseis nuestra presencia con disparos de fusil? Y si no habéis sido traidores, ¿por qué vuestras balas se han perdido en el aire? ¿por qué no han entrado en vuestra carne maldita? ¿Por qué, después de ocho tiros de fusil, no habéis caído muertos los cuatro en la arena, para pudrirlos en ella insepultos, como animales impuros? ¡Habéis merecido la muerte, y moriréis! ¡Caeréis heridos por las balas de vuestros propios fusiles descargados sobre vosotros por vuestros propios hermanos! Vais á perecer en este mismo sitio donde quisisteis hacernos morir, en el teatro de vuestra traición. Puede venir vuestro Bu-Kechba; dispuestos estamos á recibirle: ¡no se nos mata de noche como gallinas ó cabras! Bu-Kechba encontrará primero vuestros cadáveres, á menos que nuestros jefes, que son hijos del sultán y hombres generosos, quieran perdonaros: si los morabitos franceses, á quienes llamáis Padres, quieren ser indulgentes, no moriréis: iréis delante del convoy desarmados, pues hombres que se sirven de las armas como lo habéis hecho vosotros, no son dignos de llevarlas.

La demanda de perdón, apoyada por toda la asamblea, fué atendida después de nueva reprimenda, y la pena humillante de ir sin armas se cumplió hasta Temassanine.

EXCURSIÓN APOSTÓLICA EN NORUEGA

POR EL ILMO. FALLIZE, OBISPO DE ELUSA

XIV

En la parte Norte de la Misión noruega.—Peligros de la navegación.—Habilidad de los marinos.—El sol de media noche.—Más allá del círculo polar.

RÉSTANOS visitar la parte más interesante y grandiosa de Noruega, el Nordland, y sobre todo la Laponia, donde hay aún estaciones católicas que aguardan un pastor.

Las distancias son increíbles para quien no haya estudiado el mapa de Noruega. Con más facilidad y menos gasto llego á Constantinopla ó á Roma que á Hammerfest, nuestra estación más inmediata al polo Norte, y desde allí aun tengo jornada y media en buque de vapor para llegar hasta el límite de la Misión, en Vadsø. Si el lector toma en Cristianía el buque de Nueva York y yo el de Vadsø, terminará el viaje antes que yo. Mis visitas pastorales, por lo tanto, no son juego de niños. Felizmente puedo aprovechar, á lo largo de la costa, un servicio de buques de vapor rápidos y cómodos. Pero los gastos son crecidos. Mis queridos compañeros, separados unos de otros por distancias fabulosas, raras veces pueden confesarse.

Después de haber descansado en Selbo, me embarqué en Trondhjem solo, pues mi bolsa no me permitía el

gasto de tan largo viaje para un compañero. No me faltó, sin embargo, sociedad, pues además de gran número de excursionistas, había á bordo un centenar de gentes del país, con quienes durante el viaje trabé amistad, y empezando por hablarles de arenques y renos acabé por tratar de la Iglesia católica.

La primera jornada fué muy monótona, pues sólo se veían rocas y absoluta aridez. En Namsos, ciudad de dos mil habitantes, situada en el fondo del fjord del mismo nombre, el buque se detuvo lo suficiente para que pudiera hacer una visita breve á algunos católicos que allí habitan.

Prosiguiendo nuestra marcha, encontramos á cada instante *nordslandsjægtter*, buques de dimensiones medianas, con vela cuadrada pequeña, y encima otra menor en forma de trapecio, destinados casi todos á Bergen. Sin los numerosos faros y la gran multitud de señales fijas y flotantes que indican el camino entre el sin

cuantos metros anda por minuto; adivinan por todas partes la fuerza de las corrientes. Tienen á la vista un mapa marítimo indicando todos los pasajes libres entre los escollos é islotes, un compás y el reloj. Y luego calculan: «Ahora hemos andado durante cinco minutos hacia el Norte, de consiguiente hemos adelantado tantos metros: á esta distancia hay que evitar un escollo: es preciso, pues, exactamente en este punto, declinar hacia el Noroeste. Marchamos adelante durante diez minutos: á nuestro frente surge una isla que hay que dejar á izquierda; ¡ea, pues, hacia el Noroeste!» Y así sucesivamente, á veces días enteros. Por mi parte no comprendo cómo logran buen resultado, pero no puedo dudar de lo que he visto con mis propios ojos.

Si la aspereza de la costa no divierte, en cambio pueden hacerse estudios en todas partes. Durante los



CONGO.—Palmeras de un huerto de Landana. (Pág. 518)

fin de islotes y escollos, los buques se perderían infaliblemente, sobre todo en las largas noches de invierno, durante las nieblas y cuando nieva. Lo que aumenta más y más los peligros de la navegación en estas aguas son las violentas corrientes provocadas en estos estrechos por el Gulfstream, el flujo y reflujo y las tempestades corrientes que con frecuencia se cruzan y cogen de improviso á los buques para lanzarlos contra las rocas. Sin embargo, nuestros marineros arrostran estos peligros con valor admirable.

Hace dos años el Gobierno sostiene una línea de buques de vapor que tienen que hacer en tres días, tanto en invierno como en verano, el viaje de Trondhjem á Tromsø, para lo cual es preciso que marchen noche y día, haga ó no buen tiempo. Y ¿sabéis cómo estos capitanes hallan el camino en la obscuridad del invierno en que la niebla y la nieve les impiden ver á la distancia de tres metros? Están seguros de su buque; saben

hermosos días de verano adviértese que la luz, el color y la transparencia del aire son muy distintos en el Nordland que en el resto de Europa. Aun cuando se conozcan los Alpes, no se saben aquí apreciar las distancias.

No hay quizá en el mundo costa cuya fauna sea tan rica. Pululan en el agua abadejos, arenques, rayas y salmones. Con frecuencia pescados de dos á cuatro metros, entre otros los delfines, saltan sobre el mar describiendo un arco, y puercos marinos compiten en velocidad con el buque; de vez en cuando una ballena gigantesca muestra su lomo y lanza al aire un surtidor de agua. Por todas partes se hallan bandadas de ánades que nadan velozmente, y que buscan mariscos sumergiéndose á veces hasta una profundidad de cincuenta metros, permaneciendo algunos minutos debajo del agua. Multitud de gaviotas revolotean por todos lados.

Cuanto más se adelanta hacia el Norte más numero-

so, formado por una corona de montañas é islas, cuyas plateadas cimas se pierden en las nubes, y entre ellas el Svartisen (*V. los grabados, págs. 516 y 517*): este inmenso campo de nieve, de cincuenta y cinco kilómetros de largo por dieciséis de ancho, hace brillar sus glaciares á los rayos del sol.

Al cabo de una hora nos encontramos en alta mar. Llamaron mi atención las formas verdaderamente singulares de las Lorrinden y Threnen. La primera de estas islas, de seiscientos cincuenta metros de altura, distaba de nosotros treinta kilómetros, y Threnen, grupo de cuatro islas de la misma altura, más de cuarenta y cinco, y sin embargo parecían muy próximas.

Interrumpió mis reflexiones sobre las formas extrañas de aquellas lejanas islas, un tiro disparado á bordo indicando que acabábamos de pasar, á 66° 30' de latitud, el círculo polar y entrar en el mar Glacial. Habíamos franqueado el umbral de las regiones árticas, de esos parajes misteriosos donde el sol no se levanta en invierno ni se pone en verano, sino que durante meses y meses, noche y día permanece sobre el horizonte, sin tocarlo nunca.

Al pie de ésta, en Brønø, cruzamos una flota de embarcaciones destinadas á la pesca del arenque. Los pescadores usan las más pequeñas, y las mayores sirven para el transporte. Cuando llegan á un banco de arenques, anunciado siempre por la presencia de las ballenas y las nubes de aves, que los cazan, se avisa por telégrafo á los buques de pesca, con frecuencia remolcados por vapores, y por todos lados expídense despachos pidiendo toneles y sal, que se envían en vapores especiales. No se puede coger el arenque sino cuando está cerca de la costa. Entonces con una red inmensa, que cuesta de cinco á siete mil francos, se rodea el banco, hasta que se pueda fijar el otro extremo de la red en otro punto de la costa. De esta manera enciérranse de una vez hasta mil y aún dos mil toneles de arenques. Nada tan interesante como tal banco encerrado, que aquí se denomina *stæng*. La masa de peces es tan compacta, que levanta una barca que la atraviere, y el reflejo de las plateadas escamas de los peces que rebullen á flor de agua, verdaderamente deslumbra. Desde el *stæng* cogen el arenque por medio de redes pequeñas, y en barcas lo llevan á tierra, donde inmediatamente vacían el pescado, lo salan y ponen en toneles, para ser transportados á su destino.

Algo más lejos saludamos la Hetsmandø (*V. el grabado, pág. 516*), ó isla del Ginete: su cima alcanza quinientos treinta metros de altura y afecta la forma de un ginete, cuyo holgado manto cubre al caballo. La antigua *saga* dice que este ginete era hermano de la virgen que saludamos ayer en Løkø; que el Troghatten perseguía á esta virgen, y que entonces el *hestmand* (ginete) le atravesó la cabeza con una flecha, viéndose todavía el agujero que hizo. (*V. el grabado de la pág. 517*).

Pasando de estación en estación advertimos que las montañas de la costa son cada vez más altas y agrestes. A menudo un fjord nos deja ver en sus profundidades una nueva ramificación del Svartisen.

Al anoecer de nuestra segunda jornada después de pasado Trondhjem, doblamos el cabo Kumén, enorme peñasco de seiscientos nueve metros de altura que el Svartisen interna en el mar. Nuestro horizonte se va ensanchando hasta que á la altura de Bodø, ciudad de tres mil setecientos habitantes, admiramos los desfiladeros del Sulitjelma, magnífica cadena de montañas situada en la frontera de Suecia, y cuyas blancas cimas no tienen menos de mil ochocientos metros. Quisiera invitar al lector, mientras el buque hace escala en Bodø, á visitar conmigo la antigua iglesia católica y la adjunta casa del sacerdote, donde Luís Felipe, desterrado con el nombre de Müller, se detuvo durante su viaje al cabo Norte en 1796; mas apenas tenemos tiempo para hacer una excursión al famoso Saltstrøm.

Desde Vefsenfjord entramos en el Ranenfjord, que tiene una longitud enorme por sólo un kilómetro escaso de anchura. Los habitantes de este fjord construyen las hermosas barcas llamadas *ranenbaade*, semejantes á las góndolas venecianas, que es la forma nacional de la barca noruega.

De regreso de Mo, situado en el fondo del Ranenfjord, nuestro buque hace el servicio de gran número de otras estaciones. Desde allí gózase de un panorama grandio-

so, formado por una corona de montañas é islas, cuyas plateadas cimas se pierden en las nubes, y entre ellas el Svartisen (*V. los grabados, págs. 516 y 517*): este inmenso campo de nieve, de cincuenta y cinco kilómetros de largo por dieciséis de ancho, hace brillar sus glaciares á los rayos del sol.

Al cabo de una hora nos encontramos en alta mar.

Llamaron mi atención las formas verdaderamente singulares de las Lorrinden y Threnen. La primera de estas islas, de seiscientos cincuenta metros de altura, distaba de nosotros treinta kilómetros, y Threnen, grupo de cuatro islas de la misma altura, más de cuarenta y cinco, y sin embargo parecían muy próximas.

Interrumpió mis reflexiones sobre las formas extrañas de aquellas lejanas islas, un tiro disparado á bordo indicando que acabábamos de pasar, á 66° 30' de latitud, el círculo polar y entrar en el mar Glacial. Habíamos franqueado el umbral de las regiones árticas, de esos parajes misteriosos donde el sol no se levanta en invierno ni se pone en verano, sino que durante meses y meses, noche y día permanece sobre el horizonte, sin tocarlo nunca.

Algo más lejos saludamos la Hetsmandø (*V. el grabado, pág. 516*), ó isla del Ginete: su cima alcanza quinientos treinta metros de altura y afecta la forma de un ginete, cuyo holgado manto cubre al caballo. La antigua *saga* dice que este ginete era hermano de la virgen que saludamos ayer en Løkø; que el Troghatten perseguía á esta virgen, y que entonces el *hestmand* (ginete) le atravesó la cabeza con una flecha, viéndose todavía el agujero que hizo. (*V. el grabado de la pág. 517*).

Pasando de estación en estación advertimos que las montañas de la costa son cada vez más altas y agrestes. A menudo un fjord nos deja ver en sus profundidades una nueva ramificación del Svartisen.

Al anoecer de nuestra segunda jornada después de pasado Trondhjem, doblamos el cabo Kumén, enorme peñasco de seiscientos nueve metros de altura que el Svartisen interna en el mar. Nuestro horizonte se va ensanchando hasta que á la altura de Bodø, ciudad de tres mil setecientos habitantes, admiramos los desfiladeros del Sulitjelma, magnífica cadena de montañas situada en la frontera de Suecia, y cuyas blancas cimas no tienen menos de mil ochocientos metros. Quisiera invitar al lector, mientras el buque hace escala en Bodø, á visitar conmigo la antigua iglesia católica y la adjunta casa del sacerdote, donde Luís Felipe, desterrado con el nombre de Müller, se detuvo durante su viaje al cabo Norte en 1796; mas apenas tenemos tiempo para hacer una excursión al famoso Saltstrøm.

Desde Vefsenfjord entramos en el Ranenfjord, que tiene una longitud enorme por sólo un kilómetro escaso de anchura. Los habitantes de este fjord construyen las hermosas barcas llamadas *ranenbaade*, semejantes á las góndolas venecianas, que es la forma nacional de la barca noruega.

De regreso de Mo, situado en el fondo del Ranenfjord, nuestro buque hace el servicio de gran número de otras estaciones. Desde allí gózase de un panorama grandio-

drados, sale ó entra dos veces en veinticuatro horas por esos tres canales del Saltenfjord al Skerstadfjord y viceversa, constituyendo lo que se llama el Saltstrøm. La corriente es tan violenta que los buques no pueden pasar dichos canales sino durante una hora, entre el flujo y reflujo, so pena de estrellarse en mil pedazos. Lo mismo sucede, en idéntica latitud, entre las islas externas de Lofoten, Moskenæsø y Værø, donde no es menos peligroso para los buques el famoso Malstrøm.

Al llegar al fondo del Skerstadfjord causa no poca sorpresa ver allí un ferrocarril: conduce á las minas de hierro y plata, al pie del Sulitelma; pero no podemos utilizarlo, porque nuestro *Sirius* nos llama á bordo para continuar el viaje hacia el Norte.

CRÓNICA

Francia.—El grabado de la pág. 505 representa el último insigne abad del célebre monasterio de Padres Benedictinos de Solismes, fallecido en 29 de Octubre de 1890. Sostenía en aquella casa el Rmo. P. Dom Couturier, que tal era su nombre, las hermosas tradiciones de los célebres Gueranguer y Pitra, que tan glorioso hicieron con sus virtudes y letras aquel renombrado cenobio, semillero de esclarecidos hijos de San Benito, que tanto trabajan no sólo en Europa, sino también en las Misiones, por el progreso de la fe y la civilización.

—Ha sido consagrado Obispo Mons. Boyer, de la Orden de los Padres Maristas. Este solemne acto se ha celebrado en Lyon, siendo consagrante el arzobispo Mons. Coullier, y asistentes los Obispos de Belley y de Wellington, en la Nueva Zelanda. El nuevo Obispo llevará el título de Polemón, y dentro de pocos días saldrá de Francia con rumbo á las islas de los Navegantes, en las que será misionero.

Estados Unidos.—El Ilmo. Sr. Martinelli, de la Orden de San Agustín, y sucesor del cardenal Satolli en el cargo de delegado apostólico en los Estados Unidos, desembarcó en Nueva York el día 3 de Octubre, y salió inmediatamente para Washington, donde le esperaba su ilustre predecesor. Le acompañaba un séquito lucidísimo.

La mañana siguiente hizo su primera aparición en público en la iglesia de San Luis Gonzaga, que está á cargo de Padres Jesuitas, y en la que el cardenal Satolli quiso celebrar por última vez Misa de pontifical, á fin de dar á los Padres de la Compañía una postrera prueba del afecto y estimación que le merecen.

El Ilmo. Martinelli ocupaba un elegante trono en el presbiterio. El R. P. Pardow, S. J., provincial de Nueva York y Marilandia, predicó el sermón. Hubo un gentío inmenso y selecto, y la música fué escogidísima.

En ese mismo día el Ilmo. Sr. Martinelli tomó posesión de su encumbrado cargo.

El cardenal Satolli salió para Roma el día 17 del mismo mes, con la satisfacción de dejar en América muchos amigos y admiradores.

Patagonia.—Por cartas llegadas recientemente de la república Argentina, se ha sabido la triste noticia de que el 8 de Julio último el celoso misionero salesiano R. P. Francisco Agosta, había sido arrebatado por las vertiginosas aguas del río Neuquén, cuando se dirigía á la residencia de Chosmalal, en la Patagonia, como superior de la Misión de aquel territorio, que la obediencia le confiaba.

El P. Agosta nació en Morzascó, diócesis de Acqui (Italia), el 12 de Octubre de 1863, de piadosos padres, Mateo é Isabel Priarone, que aún viven, los cuales de buena gana le consagraron al Señor en la Pía Sociedad Salesiana, apenas conocieron ser ésta

la vocación de su amado hijo. Entró en el Oratorio de Turín en Noviembre de 1879, donde dos años más tarde recibió, con inmenso júbilo de su alma, el hábito eclesiástico de manos de Dom Bosco, y después en 1887, terminados satisfactoriamente sus estudios filosóficos y teológicos, las sagradas órdenes del sacerdocio.

Pero sus aspiraciones no tenían aún todo su cumplimiento, pues deseaba ardientemente consagrar su vida á las Misiones, no cejando un momento en su firme propósito, ni descansando hasta que lo obtuvo. Cuando llegó el afortunado día en que sus superiores le dijeron que le habían elegido para formar parte de la numerosa expedición que debía conducir y guiar el Ilmo. Sr. Cagliero, su regocijo llegó al colmo, y alegría indescriptible inundó toda su alma. Desde entonces, con el entusiasmo de quien ha conseguido una gran victoria, con la intrepidez de un apóstol, empezó el P. Agosta á prepararse para la partida, que se efectuó el 7 de Enero de 1889.

La porción de la viña salesiana tan predilecta de Dom Bosco, la Patagonia, tocó en suerte al celoso P. Agosta, y desplegó extraordinaria actividad en el ejercicio de su sagrado ministerio, pareciendo que presintiese sus breves días. Do quiera era conocido, se hacían instancias para tenerlo como párroco; do quiera fuese á dar Misiones, le hacían violencia para que se quedase, y las poblaciones de Patagones, Viedma, Conesa, Bahía Blanca, Pringles, Pigüé, Alfalfa y últimamente Roca, lo recuerdan con admiración y amor.

Destinado á la difícil Misión del territorio del Neuquén, cuando lleno de fervor se dirigía al nuevo y vasto campo que se le había confiado, repentinamente lo arrebató la muerte para transportarle al cielo. ¡Adoremus los inescrutables juicios de Dios!

Noticias varias.—Su Santidad ha recibido al exarca Mouluk, nombrado en Roma representante de Mons. Yusef, patriarca de los griegos melkitas unidos. Esta Iglesia conserva la liturgia de San Basilio, de San Juan Crisóstomo y San Juan Damasceno, y es una de las más extendidas en Siria. Los esfuerzos de León XIII para conseguir la reunión de las Iglesias de Occidente y Oriente comienzan á verse recompensados.

—El representante de Rusia en el Vaticano, Iswolski, es considerado en el palacio Pontificio como *persona gratissima*, y se entiende admirablemente con el secretario de Estado cardenal Rampolla. Ahora se ocupa en preparar el nombramiento de Obispos para las Sedes vacantes en el imperio moscovita.

—Bombay ha gozado últimamente de la vista, por cierto única, de un bramín convertido á la fe católica, dando lecturas como un *sanyasi* cristiano. *Sanyasi* quiere decir literalmente un hombre que ha renunciado al mundo, llevando una vida de celibato, de abstinencia y penitencia. Vestido de un traje largo de color amarillo, anda siempre con la cabeza y pies desnudos, aun en el calor del verano y en el frío del invierno. Su alimento consiste únicamente en legumbres y su bebida en agua. El estado de un *sanyasi* es muy estimado entre el pueblo de la India, y por esta razón el célebre jesuita misionero, P. de Nobili, y algunos de sus compañeros, adoptaron este mismo traje y manera de vida dos siglos atrás.

—Una muy grande pérdida acaba de experimentar la Orden de San Agustín. El 29 del mes de Julio próximo pasado entregaba su alma á Dios, en el pueblo de Santa Bárbara (Ilo-Ilo, islas Filipinas), el M. Rdo. P. Fr. Fernando Llorente, vicario provincial de los Padres Agustinos de aquella provincia. Había nacido en Valladolid el 20 de Mayo de 1839.

Adornado de bellísimas cualidades, de carácter afable, artista distinguido, orador afluente, de erudición vastísima, se había captado la benevolencia de todos los que le trataron, y en especial de sus súbditos, que tristes con la ausencia de Padre tan querido, les queda sólo el consuelo de recordarle en los muchos monumentos de su celo y actividad que dejó á los pueblos de Dingle, Dininay, Santa Bárbara y otros que administró sucesivamente, edificando escuelas, iglesias, cementerios y otros edificios públicos, mejorando la administración, y promoviendo incesantemente el bienestar del clero y de los fieles.

VARIEDADES

LOS METODISTAS EN TAHITÍ

EN el año 1797 la *Methodist Missionary Society*, de Londres, apiadándose de la infausta suerte de los idólatras de Tahití, les despachó una verdadera falange de misioneros protestantes. Componían esa falange dieciocho *apóstoles*, á quienes acompañaban sus correspondientes *apóstolas* y *apostolillos*. Luego después de su llegada comenzaron los prodigios de caridad, las maravillas de transformación, los milagros del proselitismo. Y pues la mayor gloria de Dios exige que se conozcan las obras grandiosas llevadas á cabo por el *Evangelio*, de aquí que esos misioneros metodistas en Tahití agarraron cada uno su trompeta, y sopla que sopla en ellas para anunciar al universo entero lo que el Altísimo se había servido obrar por medio de los humildes hijos de Juan Wesley.

En Londres y en toda Inglaterra la alegría llegó al colmo. En los templos, iglesias y capillas se celebraron cultos especiales para agradecer al cielo la *conversión* de los tahiteños. Se hubieran comido á besos á los misioneros, caso de que se hubiesen borrado las distancias. Mas, en lugar de besos, recibieron los ilustres *apóstoles* guineas y más guineas, que añadieron nuevo pábulo al fuego de su caridad, y multiplicaron á diario los cambios maravillosos. «Cambios maravillosos,» hemos dicho, y así debe ser ello, si nos merecen fe las siguientes palabras escritas por el Dr. Pierson:

«Nada hay más notable en la historia del mundo... Una serie no interrumpida de sucesos felices ha coronado los esfuerzos de los misioneros. Isla tras isla, grupo tras grupo ha recibido el *Evangelio* con una rapidez nunca conocida antes ni después.»

Por el estilo de esas palabras debían ser las que escribían á sus amigos de Inglaterra los *apóstoles* de Tahití. ¡Qué modestia y qué humildad! Cosas notabilísimas se encuentran á cada rato en la historia del mundo: mas la *conversión* de Tahití es infinitamente más notable. Los miles de personas que convierte San Pedro con una sola de sus predicaciones; el prodigioso cambio obrado en Inglaterra y en Irlanda por el celo inflamado de un San Agustín y de un San Patricio; la India y el Japón, que en sólo diez años de ser evangelizados por San Francisco Javier, llenan de tan abundante cosecha las trojes del Padre de familia: no, nada de todo esto se puede comparar, sobre todo en lo rápido é instantáneo, con lo que obraron en Tahití los misioneros metodistas.

Sin embargo, oigamos ahora la otra campana; y si hemos admirado tanto la modestia y humildad de los susodichos evangelizadores, boquiabiertos y sin resuello nos vamos á quedar ante la veracidad fenomenal de esos mismos individuos.

En efecto, si consultamos la *Historia de las Misiones*, escrita por el protestante Dr. Brown, leemos en ella que de los *dieciocho* misioneros enviados á Tahití en 1797, nada menos que *once* abandonaron el campo *evangélico* aun antes de que se acabara el *primer* año de su predicación. ¿Y se hubieran retirado con tanta

prontitud, de ser ciertas las *conversiones* en masa que referían á sus amigos de Londres? Nótese, además, que de los *siete apóstoles* que quedaron, «uno se casó con una mujer pagana, renunció al ministerio y empezó á vivir como los nativos. Otro se declaró públicamente incrédulo, y adoptó la poligamia por regla de conducta.» Los otros *cinco* debieron seguir predicando el *Evangelio* con éxito tan poco halagüeño como el de sus colegas; pues antes del año de 1810, uno tras otro había sacudido el polvo de sus *evangélicas* sandalias, y dejado aquellas islas que «grupo tras grupo» recibieran la buena nueva «con una rapidez nunca conocida antes ni después.»

Empero, faltáramos á la verdad si no dijéramos que los misioneros metodistas volvieron á Tahití. Esto se verificó pocos años después, y precisamente cuando el rey de aquellos isleños se declaró en favor de la nueva Religión. Ahora sí que bandadas y más bandadas de misioneros wesleyanos van á caer sobre la isla y grupos de islas. Ahora sí que nada podrá retardar la marcha triunfante del Protestantismo entre esos seres sumidos en las torpezas, las supersticiones y la infidelidad.

Mas ¡ay! no es el deseo de convertir almas lo que lleva á Tahití á los llamados anunciadores de la buena nueva. Esos hombres ven en el hecho de la *conversión* del rey una ocasión propicia para imponerle su yugo, agarrar ellos mismos el poder, desempeñar los oficios más lucrativos y adueñarse poco á poco tanto de las tierras como de los que las poseían. Y ellos, que diz que son tan amantes de la libertad, obligaban á los isleños á abrazar el Metodismo. Era un delito capital abandonar la nueva religión. Persuadir á otros á que no se dejaran dictar la ley por esos nuevos maestros en Israel, era un crimen que se castigaba con multa. Dígalo sino la siguiente cláusula del código metodista impuesto al monarca y á sus súbditos: «Toda persona que lea y estudie escritos de un extranjero no perteneciendo á la *Missionary Society*, que guarde dichos escritos ó que no los lleve á los misioneros, tendrá que desembolsar cierta suma. Los escritos ésos serán quemados, y las personas en cuyo poder fueren hallados, recibirán el debido castigo á manos de los misioneros.» ¿No os recuerda eso aquella misma Inquisición que pone los pelos de punta á los mansísimos metodistas?

Ya se ve: esos *apóstoles*, tan poco parecidos á los apóstoles de Jesucristo, querían quedarse dueños exclusivos del terreno. ¡Y qué miedo les inspiraba sólo la idea de que un sacerdote católico pudiera desembarcar en Tahití! En ese caso se le había de hacer al intruso la acogida más perruna. Para ello, y para prevenir á los isleños en contra de la Religión católica, solían esos *santos* varones llevar á la *la casa de oración* una linterna mágica, y en ella exhibir al Papa y un grupo de curas encendiendo una inmensa hoguera para quemar vivos á los protestantes. De esta parte del programa de los cultos religiosos del Metodismo en Tahití habla un viajero que, por supuesto, no pudo menos de quedar altamente escandalizado.

Ahora bien, sucedió cierto día que desembarcara en la isla un grupo de misioneros católicos. ¡Nunca lo hubiesen hecho! Los todopoderosos metodistas los echaron luego á cajas destempladas. ¡Si eran ellos los dueños del país en lo político y en lo religioso! Más tarde lo-

graron aportar á la isla otros sacerdotes católicos, y hasta se establecieron en ella; pero su permanencia entre los tahiteños no fué de larga duración. Es que los sátrapas ó mandones, devorados por la envidia y el sórdido interés, les hicieron huir de nuevo, amenazándolos con que no sería castigada con tanta blandura una nueva tentativa de venir á meter la hoz en mies ajena. Afortunadamente, esos misioneros católicos eran franceses, y Francia se vió obligada á intervenir para poner coto á la insolencia é intolerancia metodista. Y en efecto, la proclamación del protectorado francés en 1842, fué el golpe de gracia que se dió al despotismo político y religioso de los wesleyanos en Tahití, quienes empezaron desde entonces á salir de la isla, hasta que en 1884 la *London Missionary Society* retiró del todo sus *apóstoles, apóstolas y apostolillos*.

Hablando un viajero protestante de los tahiteños sometidos al despótico yugo de los metodistas, escribe lo que sigue: «Esta gente, que era antes tan alegre, feliz y aseada, y al mismo tiempo tan generosa para con los extranjeros, se ha vuelto ahora triste y sucia, se ha embrutecido, y conoce muy bien el arte de engañar.»

Admirable resultado de la predicación de unos hombres tan desinteresados, tan celosos y tan amantes de la libertad como diz que son los misioneros metodistas.

LAS ARMAS DEL MISIONERO

RELACIÓN DE UN MISIONERO DE ÁFRICA

He tenido muchas veces ocasión de observar la sorpresa que experimentan los árabes al saber la vida que hemos abrazado sin vacilar, nosotros extranjeros, en su país sembrado de peligros aun para ellos mismos, y que arrostramos sin otro apoyo que nuestra confianza en Dios.

En el Sahara el árabe nunca deja las armas: el nómada está siempre con su largo fusil al hombro. Particularmente el *chambi* para ir de una tienda á otra lleva en la mano su *matrak*, especie de porra terminada en bola. En el desierto no he encontrado nunca un solo indígena, aun entre los chiquillos, que no tuviera pendiente del cuello ó de la cintura una vaina de cuero en que se adapta una ancha hoja que sirve á la vez de cuchillo, de navaja y de puñal.

Al ver al misionero completamente desarmado, se llenan de admiración. ¿Cuántas veces me han pedido les enseñase las armas que trajera conmigo!

—No tengo ninguna.

—¿Cómo es eso?

—¿De qué me servirían? No hago mal á nadie, y sólo he venido para hacer bien.

—Sí; pero si te acometen, por fuerza tendrás que defenderte, y ¿dónde están tus armas?

—Mis armas, vedlas ahí (mostrándoles el Breviario). He aquí mis armas y municiones; con esto nada temo.

—¿Cómo?

—Es mi libro de oraciones; á él acudo cada momento que quiero hablar con Dios. Aquí encuentro mi reposo, mi fuerza y seguridad. El morabito cristiano no pone su esperanza sino en Dios y en la oración. No funda su defensa en sus armas, ni en sus caballos, ni en sus carros de guerra. Sin embargo, marcha sin

temor y va á todas partes donde Dios le guía, porque sabe que sus cabellos están contados, y que nada le sucede sin su permiso.

—Ya comprendemos tu seguridad: invocando la protección de Dios, y renunciando á las armas, puedes atravesar diez veces el Africa sin ser molestado jamás. ¿Quién osaría hacerte daño puesto, como estás, en manos de Dios, en las cuales buscas tu refugio?

Pero lo que sobre todo admira á estos pueblos es el desinterés del misionero.

Cada día conducen al rededor de nuestras habitaciones ó de nuestras tiendas una porción de enfermos.

En cierta ocasión vino á visitarme el jefe de una gran tribu en medio de la cual había vivido durante mi primera excursión al interior del Sahara. Este hombre, llamado Solimán, kaid de la tribu de los chambas, acompañado de una decena de árabes, venía á suplirme prodigara mis cuidados á un amigo suyo. Mandé traer café, y después de haber obsequiado á todos mis huéspedes, tomé á mi cargo la curación del enfermo. Después Solimán me tomó la mano, y puso en ella dinero.

—No es, dijo, por el gusto que me das, ni por el favor que me haces; es sólo por la molestia que te causo.

Volví la mano, dejando caer lo que en ella había puesto. Algunas monedas de oro rodaron por el suelo.

—¿Por qué me haces esta injuria? ¿Temes que mi oro manche tu mano? No creas que lo haya robado: cuando te lo doy, puedes estar seguro que me pertenece.

—Creí haberte dicho que nosotros no trabajamos por el oro.

—Sí; pero haciéndonos estos favores, mereces una recompensa. ¿Por qué rehusas la mía?

—Porque prefiero la recompensa de Dios. Si recibimos nuestra paga acá en la tierra, no tenemos derecho á la del cielo, y nuestro trabajo es perdido.

Entonces vi que su objeto era probarme, pues volviéndose á sus compañeros, dijo:

—No queríais creer que lo rehusaría; ahora lo estáis viendo.

Y recogió su dinero.

El efecto producido fué excelente, y uno de ellos exclamó:

—He viajado mucho. He ido al Sudán, á Marruecos á la Meca, pero en ninguna parte he encontrado hombres semejantes á éstos. Estos son unos sultanes, unos reyes: ciertamente el paraíso se hizo para ellos.

—Mas que esto, son unos Angeles, interrumpió otro. He sido soldado en Argel y en Francia, y me consta que no se casan, viviendo como espíritus.

Esta palabra los dejó pasmados: todos me miraron con sorpresa.

—¿Es verdad? me preguntaron, ¿no sois casados?

Contesté exponiendo las razones del celibato eclesiástico, que facilita extraordinariamente la acción del sacerdote para el bien, por no tener otra familia que los pobres y desamparados.

Los indígenas de las tribus, viendo la voluntad y desinterés de los misioneros, juzgan del árbol por sus frutos, y concluyen por el deseo de conocer una Religión que sabe inspirar tanto celo y tanto heroísmo.